



# VI Olimpiada filosófica de Castilla y León

Curso 2010-11

## Ensayos de la fase final

Salamanca, 2 de Abril de 2011

[www.olimpiadafilosofica.com](http://www.olimpiadafilosofica.com)



# La violencia



# Índice

Prólogo.....	6
Jaime Franco Barrio I.E.S. Leonardo da Vinci (Alba de Tormes, Salamanca)	
Ejercicio propuesto en la fase final.....	10
Edificio Histórico, Universidad de Salamanca Salamanca, 2 de abril de 2011	
Laura García Herrero .....	12
<b>Primer puesto de la VI Olimpiada filosófica</b> I.E.S. Diego de Siloé, Burgos	
Alicia González Moro .....	14
<b>Segundo puesto de la VI Olimpiada filosófica</b> I.E.S. Leonardo da Vinci, Alba de Tormes (Salamanca)	
Elena Hatapuc .....	16
<b>Tercer puesto de la VI Olimpiada filosófica</b> I.E.S. Mateo Hernández, Salamanca	
Ayoub Adraoui.....	18
I.E.S. Leopoldo Cano, Valladolid	
M <sup>a</sup> Ángeles Cabrero Segurado.....	19
I.E.S. Mateo Hernández, Salamanca	
Ana Calonge Arribas.....	21
I.E.S. Virgen del Espino, Soria	
Sara Calvo Ibáñez .....	24
I.E.S. Jorge Manrique, Palencia	
Eva Delgado Gómez .....	26
Colegio Jesús y María, Valladolid	
Marta Díaz Fernández.....	27
I.E.S. Lucía de Medrano, Salamanca	
Néstor Familiar Labajos.....	29
I.E.S. Germán Sánchez Ruipérez, Peñaranda de Bracamonte (Salamanca)	
Esteliana Georgieva Dobрева.....	31
I.E.S. Leopoldo Cano, Valladolid	
Delia Gómez Ramos .....	33
I.E.S. José Luis López Aranguren, Ávila	
María Hernández García .....	35
Colegio Jesús y María, Valladolid	
Diana María Lica .....	37
I.E.S. Cardenal Sandoval y Rojas, Aranda de Duero (Burgos)	
Manuel Llamas Alonso.....	39
I.E.S. Los Sauces, Benavente (Zamora)	

Cristina Montes Pastrana .....	41
I.E.S. El señor de Bembibre, Bembibre (León)	
Diego Paniagua Retuerto .....	43
I.E.S. Victorio Macho, Palencia	
Bibiana Roma García.....	44
I.E.S. Juana I de Castilla, Tordesillas (Valladolid)	

## Prólogo

Jaime Franco Barrio

I.E.S. Leonardo da Vinci (Alba de Tormes, Salamanca)

Una vez más, y ya van seis (y a buen seguro que no hay seis sin siete, ni siete sin ocho...), se celebró la fase final de la Olimpiada filosófica de Castilla y León. Este año le tocó al emblemático y prestigioso estadio olímpico del saber que es la Universidad de Salamanca acoger el evento; estadio en el que, ya desde la lejana baja Edad Media, se han ido alcanzando importantes marcas, y entre cuyos muros aún retumban hoy las sabias ideas que en su día hicieron campeones del mundo a Fray Luís de León, Francisco de Vitoria, Miguel de Unamuno..., nombres de ilustres atletas *sénior* del pensamiento español a los que ahora se unen, tras su inicial anonimato, los de otros campeones juveniles, que desde este momento se convierten en famosos: pasan a pervivir en la memoria de los mortales, como anhelaba el acongojado Unamuno.

El término “Olimpiada” va asociado a los de “competición” y “juego”, lo que significa que en ella se entremezclan la seriedad de la disciplina-esfuerzo de los competidores con la frivolidad de la festividad-diversión de competidores y espectadores, aspectos estos que, por tratarse aquí de una Olimpiada filosófica, no se refieren al cuerpo, sino al espíritu o intelecto, el cual, como aquella otra dimensión humana, también requiere cierto cultivo para su desarrollo y persistencia.

Pero, en este tipo de competición, no se lucha para vencer ni convencer al adversario (y mucho menos para destruirlo), sino para superarse a uno mismo (más., más., más...: *Citius, Altius, Fortius*), estimulado sólo por el intento paralelo de autosuperación ajena; o para acercarse un poco más hacia la para los humanos inalcanzable meta divina de la escurridiza verdad. Con lo que, contrariamente a lo que ocurre en la guerra, en la competición olímpica todos resultan vencedores, aunque sin pretenderlo y por automática añadidura.

Como en otras ediciones, tal evento se desarrolló a lo largo de dos días, con actividades de distinto tipo, unas más lúdicas y otras más competitivas, pero con la novedad de que esta vez pudieron ser seguidas en directo a través de la red social de Twitter.

Las actividades del 1 de abril comenzaron con una solemne inauguración de la Olimpiada, en la que participaron representantes de la Universidad de Salamanca, de la Consejería de Educación y de la Asociación Olimpiada Filosófica. Acto seguido tuvo lugar la esperada conferencia pronunciada por el afamado profesor y filósofo Fernando Savater sobre Teoría de la guerra y de la paz, cuyo contenido está relacionado con el tema general propuesto este año para los ensayos de la Olimpiada. Su magistral y amena exposición fue seguida muy atentamente por un nutrido público de adolescentes, jóvenes y mayores, atraídos no sólo por la importancia y actualidad del tema en cuestión, sino también por

tratarse de un conferenciante que sufrió en su propia carne los nefastos efectos de la despiadada violencia y que está muy comprometido con la erradicación de la misma, especialmente en su país de origen. Al final de la mañana, y sustituyendo la experiencia, erudición y rigor del académico por la bisoña frescura, espontaneidad e incluso ingenuidad de los adolescentes, se produjo un debate sobre “El origen de la violencia” entre alumnos del I.E.S. “Victorio Macho” y del I.E.S. “Tomás y Valiente”; debate este en el que un grupo defendió la tesis del origen natural de la violencia, mientras que el otro argumentó a favor de la tesis contraria de su origen cultural. Ya por la tarde, se salió de la Academia para realizar una visita cultural a la ciudad del Tormes: un grupo de alumnos, profesores y otras personas interesadas por la historia de aquella, acompañados por guías turísticos locales, recorrió (como en el pasado hicieran célebres personajes de Salamanca y del extranjero) algunas calles del casco antiguo hacia los lugares y monumentos más emblemáticos, donde recibieron las pertinentes explicaciones.

Las actividades del día 2, desarrolladas en el incomparable marco del Edificio Histórico de la Universidad (concretamente en las aulas Miguel de Unamuno y Francisco Salinas), constituyeron el punto culminante de la Olimpiada, que ya tuvo como protagonistas a los atletas juveniles de la filosofía, los veinte finalistas venidos de las distintas provincias de Castilla-León, acompañados por sus profesores y entrenados para realizar un último esfuerzo intelectual. Dichos finalistas tuvieron que escribir durante hora y media (y tomando opcionalmente como fuente de inspiración un texto del politólogo norteamericano Huntington) un breve ensayo filosófico sobre la posible función positiva de la violencia en el mantenimiento del orden político, social y cultural. De ellos fueron seleccionados tres como ganadores, cuyas autoras leyeron y defendieron ante un tribunal compuesto por dos profesores universitarios y otro de Educación Secundaria, y la concentrada atención de un nutrido y variado público. En el diálogo entre el tribunal y las tres seleccionadas, aquél planteó a éstas algunas cuestiones sobre el contenido de sus exposiciones, en cuyas respuestas se hizo patente la habilidad dialéctica de las mismas. Concluida la lectura y defensa pública de los tres ensayos seleccionados, y tras previa deliberación del tribunal, éste proclamó el orden en el que quedaban las tres finalistas seleccionadas, y acto seguido se hizo la entrega de los premios y se clausuró la VI edición de la Olimpiada, expresando el deseo de que la reflexión y la argumentación sobre cuestiones como las abordadas durante la Olimpiada continuasen en el espacio abierto de la sociedad.

Los tres ensayos se desarrollaron a un alto nivel y fueron un claro reflejo de la gran madurez intelectual de sus jóvenes autoras, lo que atestiguan la variedad, riqueza, originalidad y profundidad de las ideas expuestas; la precisión, rigor y claridad del lenguaje en que se expresaron; la conexión de las ideas con acontecimientos recientes; la consistencia de los argumentos esgrimidos; la aportación de posibles soluciones a problemas que padecemos...

Esta misma mañana del día 2, en los intervalos de los diferentes momentos del acontecimiento principal, tuvieron lugar otros dos actos: un nuevo debate abierto sobre la violencia, en el que, partiendo de textos, viñetas y algunas escenas de una película, intervinieron los alumnos y algunos profesores; y la actuación de un grupo musical, que interpretó varias piezas clásicas y contemporáneas.

Pero esta fase final de la Olimpiada fue el último tramo de un largo recorrido iniciado varios meses antes en los Centros de la Comunidad castellano-leonesa, donde los alumnos de Bachillerato, animados y dirigidos por sus respectivos profesores de filosofía, empezaron redactando un primer ensayo, el cual fue sometido a un doble filtro selectivo: primero, en el Centro, y luego, en la provincia.

Durante todo el desarrollo de la Olimpiada los atletas actuaron con gran entusiasmo, movidos por el deseo de lograr una meta inhabitual en sujetos de su edad; y, al ejercitarse en el arte de la reflexión y de la argumentación, pusieron en práctica el depreciable valor del esfuerzo, así como el de lo inmaterial. Han sido capaces, al menos durante algún tiempo, de huir de la, según Ortega, animal “alteración” del sujeto por lo circundante hacia el “ensimismamiento” propiamente humano proporcionado por la reflexión; han sabido despegarse del mundo sensible y ascender al mundo de las ideas en busca de la luz de un saber que aporte soluciones a los problemas reinantes en aquél y libere de la esclavitud de la ignorancia, causante de aquéllos.

Los distintos actos que integran la Olimpiada en sus diferentes fases y momentos, por reunir a muchas personas, constituyen una buena ocasión para intercambiar ideas, aprender de los otros, planificar la futura realización de proyectos comunes, conocer personalmente a algunas de las grandes figuras de la filosofía actual, visitar la Universidad...: en definitiva, crear lazos de unión, y quizás de amistad, entre individuos y entre Centros, lo que es uno de los principales objetivos de los Juegos Olímpicos; y, por ofrecernos en directo el esfuerzo intelectual hacia la meta de la verdad por parte de estos atletas juveniles, mantienen encendida la llama olímpica del amor a la sabiduría; llama esta que puede prender, en otros intelectos aún apagados, el deseo de iluminar con el fuego del saber la oscura caverna del problemático mundo actual.

Por lo demás, y contrariamente a los antiguos Juegos Olímpicos de Grecia, en los que sólo podían participar hombres, es de resaltar el hecho de que en las distintas ediciones de la Olimpiada la mayoría de los participantes, finalistas y ganadores han sido mujeres; concretamente en esta sexta edición, catorce de los veinte finalistas son féminas, así como las tres ganadoras, de lo que se deduce que actualmente ellas están tomando el relevo de los hombres en el cultivo de una disciplina hasta ahora mayoritariamente en manos de éstos, lo que quizás sea fruto de la labor realizada esporádicamente por algunas de aquéllas a lo largo de la historia, desde Hipatia hasta María Zambrano.

Finalmente, apuntar que acontecimientos culturales como éste ponen de manifiesto que la filosofía, lejos de ser una extraña extranjera, lejos de constituir una rara ocupación exclusiva de minorías

recluidas en la Academia, está al alcance de todo el mundo, incluso de los adolescentes, tan distraídos hoy por lo que ocurre en la superficie del mundo circundante más próximo; y que la filosofía es una disciplina valiosa y necesaria, no sólo para el ejercicio y desarrollo de la facultad más específicamente humana, sino también para arrojar por lo menos algo de luz sobre los problemas que aquejan a la complicada sociedad en la que vivimos, o malvivimos. Por lo que, trasladándonos desde el contexto poético-literario de Ana María Matute al estrictamente filosófico de Aristóteles, podría decirse que quien no filosofa no existe como auténtico ser humano.

No olvides visitar nuestra web:  
[www.olimpiadafilosofica.com](http://www.olimpiadafilosofica.com)

## Ejercicio propuesto en la fase final

Edificio Histórico, Universidad de Salamanca

Salamanca, 2 de abril de 2011

En 1993, el politólogo norteamericano S. P. Huntington publicó un libro muy polémico, titulado *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. En él, defendía que el horizonte histórico en el que nos movemos está marcado por el conflicto y la violencia entre distintas civilizaciones. A continuación puedes leer uno de los primeros párrafos del libro:

“En el mundo de la posguerra fría, las banderas son importantes, y también otros símbolos de identidad cultural, entre ellos las cruces, las medias lunas, e incluso los modos de cubrirse la cabeza, porque la cultura tiene importancia, y la identidad cultural es lo que resulta más significativo para la mayoría de la gente. Las personas están descubriendo identidades nuevas, pero a menudo también viejas, y caminan resueltamente bajo banderas nuevas, pero con frecuencia también viejas, que conducen a guerras con enemigos nuevos, pero a menudo también viejos.

El demagogo nacionalista veneciano que aparece en la novela de Michael Dibdin, *Dead Lagoon*, expresaba bien una severa *Weltanschauung* [Visión del mundo] de esta nueva era: «No puede haber verdaderos amigos sin verdaderos enemigos. A menos que odiamos lo que no somos, no podemos amar lo que somos. Estas son las viejas verdades que vamos descubriendo de nuevo dolorosamente tras más de un siglo de hipocresía sentimental. ¡Quienes las niegan niegan a su familia, su herencia, su cultura, su patrimonio y a sí mismos! No se les perdonará fácilmente». La funesta verdad de estas viejas verdades no puede ser ignorada por hombres de Estado e investigadores. Para los pueblos que buscan su identidad y reinventan la etnicidad, los enemigos son esenciales, y las enemistades potencialmente más peligrosas se darán a lo largo de las líneas de fractura existentes entre las principales civilizaciones del mundo.”

El autor marca un contraste entre la realidad y la forma mayoritaria de pensamiento: hablamos de tolerancia y solidaridad, pero en el fondo vivimos enfrentados y nos construimos a nosotros mismos en oposición a otros. Nuestra paz aparente está soportada por un conflicto y un enfrentamiento del que a menudo ni siquiera somos conscientes. La violencia, entonces, parece tener una función creadora, estabilizadora. Gracias a la violencia que “oficialmente” rechazamos existe un orden internacional y lo que es más importante: necesitamos de la violencia para mantenerlo y conservarlo. La pregunta de esta olimpiada sería:

## ¿Tiene una función positiva la violencia en el mantenimiento del orden político, social y cultural?

Desarrolla un ensayo en el que muestres tu conformidad o desacuerdo con esta tesis de Huntington.

Las siguientes preguntas pueden servirte como una pequeña guía:

1. ¿Vivimos en paz gracias a la violencia?
2. ¿Puede llegar a tener la violencia cierta capacidad creadora?
3. ¿Es la violencia una forma de mantener el equilibrio político internacional?
4. ¿Vivimos en un panorama de enfrentamiento permanente entre civilizaciones?
5. ¿Es posible la convivencia pacífica entre culturas que crecen diferenciándose del resto?
6. ¿Se podría extrapolar la tesis de Huntington a nuestra vida particular y afirmar que necesitamos formas más o menos manifiestas de violencia en la vida diaria?

La ganadora de la olimpiada afronta el problema desde un punto de vista político. Vivir en sociedad nos obliga a competir, y también sitúa a las sociedades en un conflicto permanente. Sin embargo, diferencia una competitividad que busca el desarrollo personal de una violencia gratuita que considera absurda e inaceptable.

El ser humano es un ser político, necesita vivir en sociedad para sobrevivir, ya que por sí solo, no posee las mejores características naturales. En el momento en que se crea una sociedad, aparecen conflictos, pues es una agregación de individuos diferentes, con diferentes formas de ser, pensar y actuar. Si los conflictos se crean porque existen diferencias, es lógico pensar que si se potencian los puntos en común, disminuirán las tensiones. La identidad cultural de un pueblo es lo que tienen en común todos sus componentes. Necesitamos una identidad cultural porque no sólo necesitamos vivir en una sociedad, sin que es imprescindible sentirse parte de ella.

Necesitamos una ideología, unas costumbres, una simbología que realmente nos haga sentirnos integrados en algo. Una forma clara de reafirmar esta identidad cultural, de potenciar estos puntos comunes es acentuar las diferencias con otros pueblos, dárles mayor importancia. Mantener cierta rivalidad o disconformidad con otra cultura es una forma de crear unión en la propia. El hecho de tener

un "enemigo común", algo contra lo que unirse y luchar potencia enormemente los lazos entre los individuos de una comunidad. A lo largo de la historia se han dado ejemplos de este fenómeno, como la unión de toda la cristiandad, que estaba sumida en conflictos bélicos internos, contra la cultura musulmana en las cruzadas.

Es por eso que la violencia contra otras sociedades puede llegar a crear una cierta paz en la otra, pero la violencia nunca puede generar una paz estable y duradera, pues con ella se acentúan los odios y se perpetúan los conflictos. Como dijo Ghandi " la violencia engendra violencia".

El enfrentamiento entre civilizaciones es un hecho permanente a lo largo de la historia y es algo que no se erradica nunca. Sin embargo, se puede llegar a un tipo de enfrentamiento "positivo" que no implique violencia. Es beneficioso que se establezca una rivalidad entre los diferentes pueblos, pues eso hace progresar las sociedades, hace que sus individuos intenten ser mejores. Sin embargo, cuando esta rivalidad degenera en violencia, se produce un atraso en la sociedad, un atraso moral, político y económico. La violencia no puede ser una

**“De algún modo, cierta dosis de violencia es positiva para una sociedad, pues nos recuerda que sus consecuencias siempre son perjudiciales y nos obliga a mantener en la memoria errores del pasado a fin de no volver a cometerlos.”**

forma de mantener el equilibrio político entre naciones, pues crea nuevos conflictos y reaviva los viejos.

La competitividad sí ayuda a mantener la estabilidad, pues la competición es una forma de expresar la rivalidad natural entre diferentes sociedades. Competir en el terreno económico, deportivo o cultural crea lazos entre los individuos de una sociedad, que se enfrenta a otra, sin tener consecuencias nefastas para ninguna. Es posible la convivencia de diferentes culturas, siempre y cuando se respeten y manifiesten su rivalidad o sus discrepancias de forma controlada.

La violencia tiene cierto aspecto positivo, en cuanto que la condena de sus consecuencias también fomenta la unión entre individuos. Las consecuencias de la violencia también pueden llegar a generar cierto sentimiento de

solidaridad o empatía entre las personas y hacer que se unan para darse apoyo o reconstruir los desperfectos. De algún modo, cierta dosis de violencia es positiva para una sociedad, pues nos recuerda que sus consecuencias siempre son perjudiciales y nos obliga a mantener en la memoria errores del pasado a fin de no volver a cometerlos.

En conclusión, la violencia no mantiene el orden político social y cultural entre civilizaciones, pues fomenta los odios, las diferencias y perpetúa los conflictos. A lo sumo, consigue crear cierta sensación de unión entre los individuos de una sociedad, pero esta sensación no será perpetua. La violencia tiene cierta capacidad creadora, pero no por sí misma, sino que esta capacidad se deriva del intento de arreglar sus consecuencias o de la unión que propicia su condena.

Para la autora, la violencia tiene una base antropológica y es, en este sentido inevitable. Sin embargo considera que ciertos usos de la violencia son inaceptables desde un punto de vista ético. Por ello, aboga por una educación que nos permita abandonar los comportamientos violentos, asentando actitudes que permitan la convivencia entre los pueblos.

Vivimos en un mundo convulso, repleto de contrastes. La vida y la historia giran en torno a cambios radicales que marcan el devenir de las sociedades. Los grandes acontecimientos históricos son fruto de la confrontación de posturas diferentes de elementos contrapuestos. Y en medio de este mecanismo que parece funcionar por la energía de los polos opuestos, el hombre no iba a constituir una excepción. Freud nos decía que la mente humana es como un campo de batalla entre dos instintos innatos: el instinto de la muerte (*Thanatos*) y el instinto de la vida (*Eros*). La simple confrontación entre el hombre violento y el hombre pacífico, violencia y paz, dos conceptos aparentemente enfrentados pero estrechamente ligados, ya que hablamos de paz porque existe la violencia, y viceversa.

Existe una importante divergencia de opiniones a la hora de analizar la naturaleza violenta del hombre. Desde mi punto de vista, la violencia es un atributo intrínseco al ser humano, es un impulso innato e inevitable que forma parte de su esencial. Por ello, no creo en la radical erradicación de la violencia. Es más, considero que puede llegar a ser necesaria e imprescindible en algunos casos para, aunque suene contradictorio, alcanzar la paz. De

ningún modo descarto la utilización de la vía pacífica, pues normalmente acarrea una mayor eficacia a la hora de solucionar los conflictos; pero tampoco rechazo siempre y sin excepción el uso de la fuerza para conseguir el bien común. Un ejemplo claro de esta situación lo encontramos en el panorama político internacional actual: las revueltas en los países árabes utilizan la violencia como última alternativa para derrocar a sanguinarios dictadores y establecer un Estado legítimo que defienda la libertad, promueva los derechos humanos y garantice la paz y la seguridad. En este contexto, está justificado el uso de la fuerza y determinada la función positiva de la violencia en el mantenimiento del orden social y político.

La gran lacra de nuestra sociedad no se encuentra, por tanto, en la violencia misma, sino en los usos inadecuados que hacemos de ella, es decir, en la violencia injustificada. Y es este gusto que parecemos tener los hombres por la fuerza y la agresividad lo que genera a nuestro alrededor un panorama de enfrentamientos o conflictos innecesarios. Me parece curiosa la contradicción que se me plantea cuando, al analizar la evolución del hombre a lo largo de la historia, descubro que

**“La gran lacra de nuestra sociedad no se encuentra, por tanto, en la violencia misma, sino en los usos inadecuados que hacemos de ella, es decir, en la violencia injustificada.”**

en las últimas décadas ha alcanzado un mayor grado de libertad, se ha comprometido en la lucha contra la pobreza o la esclavitud, en la búsqueda de la paz y la concordia, ha desarrollado una mentalidad más abierta... y sin embargo, también en los últimos tiempos, ha provocado las guerras más crueles, ha inventado las armas más destructivas... Quizás este contraste sea fruto de la cultura de guerra establecida en nuestras sociedades. La violencia está presente en los medios de comunicación, en la música, en la forma de hablar, etc. lo que influye en nuestro comportamiento, en la conducta, y en la forma de pensar, explotando e incentivando el Thanatos que llevamos dentro.

He aquí la importancia de la condición racional del hombre: el ser humano, dotado de razón y libertad, puede elegir cómo quiere actuar y, con ello, diferenciar los usos de la violencia. El hombre se encuentra en una continua disyuntiva (actuar de un modo u otro) en la que tiene que sopesar sus posibilidades y decidir con responsabilidad, asumiendo las consecuencias. Es por esto por lo que podemos juzgar la conducta humana y diferenciar las funciones positivas y negativas de la violencia. Dicha condición racional otorga al ser humano una gran responsabilidad, no sólo consigo

mismo, sino también con los demás. Los comportamientos individuales generan consecuencias que influyen en el ámbito social: por ello, la transmisión de la paz o el carácter violento de una sociedad depende de todos y cada uno de los sujetos.

Hay una frase de la ONU que me parece idónea para finalizar este ensayo: “Las guerras surgen en las mentes de los hombres y es allí donde hay que erigir los pilares de la paz”. El devenir de la historia está marcado por las mentalidades de los individuos. Y es ahí donde hay que trabajar. La educación es la base de todo ser humano, es la clave para hacer de este mundo un lugar mejor. No hay que intentar erradicar la violencia, porque es inútil arrebatar al ser humano algo que le es intrínseco. Tan sólo -y no es poco- debemos evitar los usos erróneos que el hombre puede hacer de ella y concebirla como una herramienta aplicable únicamente en las situaciones límite, cuando hemos agotado cualquier tipo de vía pacífica. A través de la educación, el hombre debe aprender a rechazar la violencia gratuita e injustificada, y trabajar por solucionar y evitar los conflictos innecesarios presentes en el mundo.

El ensayo comienza reconociendo los beneficios de la violencia a lo largo de la historia: si somos lo que somos es gracias, entre otras cosas a la violencia. Sin embargo, no renuncia a una perspectiva crítica respecto a la misma, introduciendo una defensa del diálogo y de la cultura de la paz. De esta manera, el texto está marcado por la tensión entre los frutos de la violencia y el anhelo de una paz aún no conseguida.

El más fuerte consigue el mejor territorio. esto ha sido así siempre. El que tuvo mayor ejército consiguió mayor número de tierras. Desgraciadamente hoy sigue siendo igual.

Las civilizaciones se crearon con el objetivo de conseguir una armonía social, un bienestar comunitario entre los individuos de la "manada".

El choque entre diferentes civilizaciones con sus respectivas costumbres e ideales originan conflictos y las guerras y las muertes de innumerables vidas humanas. Estas gueras se han mantenido constantes y proporcionales con la formación de las diferentes culturas.

La guerra ha sido siempre la primera opción para lograr aquello que nos interesaba, era lo más fácil, lo más eficaz, lo más rápido y sencillo. Matar gente siempre ha sido el primer paso para conseguir un cambio social, cultural o político. La acción es lo eficaz, las utopías de los filósofos se quedaban al margen. La agresión, la intimidación y la fuerza es lo que sabemos que dará resultado. Maquiavelo con su obra *El Príncipe* creó un manual detallado para saber usar la violencia en beneficio de la sociedad.

Conseguir el orden público mediante la violencia es lo más eficaz, la muerte de unos pocos mantendrá la paz de muchos.¿Sucederá

esto hoy?¿Se conseguirá la paz de Libia gracias a la guerra contra Gadafi? ¿Es lo más adecuado?

Nuestra sociedad occidental es la que más asociaciones contra al guerra y la no violencia tiene. Posee múltiples organizaciones para el mantenimiento de la paz y su defensa, pero, ¿por qué acaba de entrar en guerra contra Gadafi? ¿es lo más sencillo y eficaz?. Probablemente.

Hoy, la violencia es rechazada por la mayoría de las personas. Nos escandalizamos ante cualquier acto violento que vemos en las calles, en el telediario. Un padre dando un bofetón a su hijo, nos escandalizamos; un hombre educando a su perro a golpes, nos escandalizamos. Cualquiera pensaría que él no lo haría, es cruel y violento. Pero que yo sepa, manifestaciones en contra de la guerra contra Gadafi, no ha habido sublevaciones en contra de la guerra.

Creo que existe cierta hipocresía en la sociedad. Antes de haberse pensado otras opciones ante el mal gobierno del dictador y tirano de Libia, como por ejemplo el diálogo que nos distingue de los animales, se ha decidido atacar instintivamente. Nos interesa un resultado rápido y eficaz, y qué mejor manera

**“Sabemos que la palabra tiene fuerza, y esa es la fuerza que se tiene que emplear para conseguir el orden.”**

de conseguirlo que empleando bombas que acaban con la muerte de unos pocos en pocos segundos para conseguir así la paz para los demás para siempre.

El mantenimiento del orden en nuestras calles se lleva a cabo gracias a la labor de la policía, de la Guardia Civil, los Mossos d'Esquadra... En su uniforme llevan pistolas y porras, esto es una clara evidencia de que todavía hoy se piensa que la violencia es la única que todavía puede mantener el orden. Herir y hacer daño es el único modo de que los rebeldes se abstengan.

Entonces, ante la pregunta de si creo que la violencia tiene una función positiva, yo respondería que no. Por mucho que golpees a un niño para educarlo, no conseguirás tu objetivo, porque su mente no la golpeas. El pensamiento y la actitud de un niño no se educa a golpes, la mente no se educa por medio de la fuerza sino por medio de la educación y la palabra. Un niño no se educa igual que un animal.

Y ante la pregunta de si la violencia tiene una función positiva para el mantenimiento del orden público, social y cultural, diría que no tienen ninguna función positiva, pero si que tiene una función útil, rápida y eficaz como dije anteriormente.

Nada positivo puede conseguirse gracias a la violencia, aunque sí que es verdad que nuestra sociedad en "paz" de hoy en día se ha creado gracias a innumerables guerras en las que murieron nuestros antepasados. Nuestra

sociedad occidental ha conseguido la libertad, la igualdad y la fraternidad de sus ciudadanos gracias a las guerras y las luchas entre unas ideologías y otras. Las demás civilizaciones del mundo que aún no disfrutaban de esos tres elementos tan fundamentales para el hombre, parece que también han optado por la guerra para conseguirlos.

Nosotros vivimos a gusto y en "paz" en nuestra sociedad del bienestar gracias al trabajo de los antepasados. Ellos fueron los que ensuciaron las manos por nosotros. Ellos, considerándolos como nuestros padres responsables, nos crearon un mundo "sin violencia".

Nosotros, no hacemos más que defender la paz, porque sabemos lo que es, porque lo disfrutamos, pero las civilizaciones actuales en guerra, están luchando literalmente para saber lo que esa palabra significa, luchan con sus manos y sus armas desesperadamente para lograr al igual que los occidentales esa paz y esa sociedad democrática y del bienestar. Sería hipócrita por nuestra parte criticarlos y enjuiciarlos por usar la guerra para defender sus derechos y libertades.

Creo que la labor de la sociedad occidental no es apoyar esa guerra que llevan a cabo para mantener el orden sino enseñarles por medio de la educación y la concienciación qué es la paz y que ésta se puede conseguir gracias a la palabra.

Sabemos que la palabra tiene fuerza, y esa es la fuerza que se tiene que emplear para conseguir el orden.

Con referencias a Heráclito y Darwin, el autor rechaza que la violencia pueda contribuir al mantenimiento del orden y el equilibrio. Al contrario, afirma que la sociedad no se construye de una forma violenta, sino fomentando el diálogo y estableciendo normas comunes que han de cumplirse por parte de todos.

Una de las cuestiones más candentes en nuestro tiempo, sin duda es la violencia. ¿Tiene esta una función positiva en el mantenimiento del orden político, social y cultural?

Estoy en desacuerdo con la tesis de Huntington, de que gracias a la violencia que oficialmente rechazamos existe un orden internacional que debemos mantener y conservar

Con la violencia no llegamos a ningún acuerdo, aunque reconozco que la violencia y la agresividad son tendencias del ser humano. Heráclito, uno de los grandes filósofos, dice: “la guerra es el padre de todas las cosas”.

El mismo Darwin dice que los seres vivos de una especie necesitan sobrevivir, vive el más fuerte. ¿Estaríamos de acuerdo con lo que dicen Heráclito y Darwin?

Pero en cambio Aristóteles defiende que el hombre es un ser natural, un ser social, poseemos lenguaje para podernos comunicar, saber lo bueno y malo, justo e injusto. “La naturaleza no hace nada en vano” dice. El hombre es un ser social, racional y político.

¿Vivimos en un panorama de enfrentamiento permanente entre

civilizaciones? ¿O qué es la violencia? ¿es una forma de mantener el equilibrio político internacional?

Desde mi punto de vista, la violencia no lleva a ninguna parte, las guerras, explotación sexual, terrorismo, no hacen nada más que provocar la muerte de familias enteras y aumentar la desigualdad.

La pregunta clave es ¿cómo hoy en día nuestra sociedad sigue habiendo violencia? Con

**“Con toda la tecnología, el desarrollo y las organizaciones internacionales y también con la experiencia de la segunda guerra mundial, hemos podido establecer leyes, llegar a un acuerdo como los derechos humanos.”**

toda la tecnología, el desarrollo y las organizaciones internacionales y también con la experiencia de la segunda guerra mundial, hemos podido establecer leyes, llegar a un acuerdo como los derechos humanos.

También podemos llegar a un acuerdo: solucionar nuestros problemas hablando, utilizar el “lenguaje” y no con la violencia ¿Cómo

llegar a eso?

Establecer leyes (normas), que debe uno cumplir.

Poner castigos al no cumplir una norma.

Mejorar la educación en nuestra sociedad.

La convivencia pacífica, entre culturas.

Así podremos llegar a tener acuerdos sin utilizar la violencia.

La autora reflexiona sobre la función de nuestros órganos: sirven para matar y para amar. A partir de aquí, critica la teoría de Maquiavelo: el miedo no sirve para vivir en paz. Por el contrario se acerca más a posturas existencialistas: la violencia responde a más violencia. Ante esto la conclusión es clara: la violencia es un camino que no conduce a ninguna parte.

¿Puedes ser capaz por un momento de mirarte en un espejo? ¿Ves esas partes tan parecidas que salen de tu cuerpo, de tus extremidades superiores, al final de tus brazos? ¿Las ves? Son tus manos, ¿verdad? Tan llenas de dedos, de uñas...

Son esas mismas manos con las que puedes acariciar, sentir, pintar auténticos dibujos o simples garabatos, son también las mismas manos que utilizas para escribir poemas a la persona a la que quieres o también para hacer las chuletas de los exámenes de literatura, de filosofía...

También tu boca con la que dices “te quiero”, con la que expresas tu disconformidad con algo...

Es duro creer que esas mismas manos, con las que haces infinidad de cosas puedan dar un tortazo, un puñetazo, cargar con un arma o empuñar un cuchillo. O tu boca, que con tan sólo pronunciar unas palabras, palabras que en realidad son cáscaras vacías, es decir, que pueden estar llenas de agresividad y acompañadas a veces con gritos, pueden degradar a una persona y hundirla por completo.

Ambas pueden ser una forma que se utiliza para mantener el orden, la disciplina.

Hace unos meses leí el libro de “El príncipe”, del escritor Maquiavelo, el cual, defendía toda forma de manifestación violenta o agresiva para sus súbditos con el fin de que

estos le fueran sumisos, con el único fin de que no se manifestaran, de que fueran obedientes.

Defendía algo así como que “la autoridad, el poder, el control y el brazo regio son la única forma de establecer el orden, la paz y la tranquilidad”.

Sinceramente esto me parece auténticamente una paradoja. ¿Cómo es posible que infundiendo temor (porque esto es lo que reflejaba continuamente el libro) un pueblo sea íntegramente ordenado y tranquilo? Quiero decir, ¿en realidad merece la pena que con armas, castigos y violencia un Estado sea leal?

Son leales única y exclusivamente porque tienen miedo, pero en el momento que no lo tengan ese orden político, social y cultural del que habla el texto se evaporará definitivamente.

Es curioso que la teoría del existencialismo naciera entre las dos Guerras Mundiales, cuando el hombre se plantea un porqué de su existencia, y no estoy segura pero creo que el hombre empezó a reflexionar sobre su ser y si su vida tenía sentido al ver tanta violencia, agresividad y masacre.

Creo que el hombre, por así decirlo, se ha movido (y se mueve) en relación a las guerras y a los enfrentamientos entre Estados de una “nada” hacia una especie de vacío, hacia algo sin sentido que busca justificación.

El filósofo francés Jean Paul Sartre hace una especie de “defensa” de la violencia o de la justificación cuando dice que la violencia es injusta según de dónde proceda, afirma que generalmente se basa en una “contra-violencia”, es decir en una réplica a la violencia del otro, y en parte esto es verdad, el hombre suele responder a los ataques que otros manifiestan contra él, pero creo que debe haber un primer motor, algo que hace que la violencia aparezca de forma gratuita.

El otro día, un niño de 5 años me preguntó si yo sabía por qué los huesos están en el interior del cuerpo y nuestra carne, que es más blanda en el exterior, desprotegida.

Me dijo si no debería ser al revés, los huesos fuera haciendo como un caparazón que nos proteja.

Estoy convencida que muchos de nosotros nos lo hemos preguntado alguna vez.

El hombre siempre ha estado buscando protección, algo que no le pueda dañar, por eso en el momento justo en el que alguien roza ese caparazón que en realidad no poseemos, automáticamente la primera respuesta es agresiva o violenta.

En el libro de Maquiavelo también se presenta la necesidad y la obligatoriedad de que un gobernante debe ser “mitad zorro y mitad león”. Debe ser astuto y también agresivo, autoritario, que sepa cuándo castigar, cuándo atacar y cuándo matar a sus enemigos, llegando,

como dice en el texto a potenciar las enemistades, conduciendo a conflictos de los que no somos conscientes.

Nos podríamos preguntar el porqué, y la respuesta quizás sea la famosa frase que todos conocemos de Hobbes: “*Homo homini lupus*” (el hombre es un lobo para el hombre), y es cierto que el hombre, pese a ser un animal dotado de razón puede llegar a comportarse con tal animalidad y bestialidad que se transforma en alguien desconocido ante nuestros ojos.

Creo que el hombre debería abrir su caparazón, abrir los ojos, la voz, los oídos, el pensamiento, buscar otras alternativas, otras posibilidades de relacionarse, ya sea con una persona, con un grupo de personas o incluso, con un Estado entero antes de recurrir a la

violencia, pues como diría Schopenhauer “el destino es quien maneja las cartas, pero nosotros las jugamos”.

Nosotros tenemos un camino en nuestra vida que debemos seguir, y frecuentemente la violencia aparece en ese camino. No es un camino en sí, sino más bien un atajo que a menudo se utiliza para llegar erróneamente a un objetivo, a un fin.

Sinceramente creo que es un atajo por el que no vale la pena andar ni desviarse, pues corremos el riesgo de perdernos innecesariamente.

**“Creo que el hombre, por así decirlo, se ha movido (y se mueve) en relación a las guerras y a los enfrentamientos entre Estados de una “nada” hacia una especie de vacío, hacia algo sin sentido que busca justificación.”**

La autora rechaza la tesis de Huntington: hay hechos históricos como la Unión Europea que no se caracterizan precisamente por la violencia, que tiene una existencia real en el mundo actual como consecuencia de la diversidad cultural. Ante esta, la solución sencilla es la violencia, pero hemos de defender otras vías como la educación o la intervención de instituciones internacionales.

Esta tesis realizada por el politólogo norteamericano Huntington nos habla de la identidad cultural, cómo son los símbolos de la cada religión (cruces, medias lunas...), las abanderas de cada país... y es aquí donde nos está marcando un contraste entre la realidad y la forma mayoritaria de pensamiento, es decir, la tolerancia y solidaridad entre los países, pero continuamente estamos enfrentados.

Tal y como se comentó al inicio de la Olimpiada en el día de ayer, debemos partir de que la violencia hay que verla desde lejos, a distancia y contemplarla, como bien dijo Lucrecio en *Sobre la naturaleza de las cosas*. Es decir, hay que tratar la violencia filosóficamente.

Considero que para conseguir esa paz de la que tantos años todos los días por tratar de conseguirla, es una posibilidad, un horizonte que los estados deberán tener en cuenta para mejorar la vida de los ciudadanos.

Kant defendió el derecho cosmopolita, ya que defendía la libre circulación del ciudadano y el ideal de un sabio gobernante (como Platón).

Él ya promovió un antecedente a lo que es actualmente la Unión Europea, un conjunto de países europeos que tratan de buscar un equilibrio, una estabilidad, pero aún así divergen entre ellos.

Es cierto y evidente, que las guerras están muy ligadas a la violencia, ya bien sea por conflictos religiosos, de pensamiento, por querer algo mejor que no tenemos...

Pero la violencia está siempre presente, y ya hasta la vemos como algo normal en nuestras vidas y no nos asustamos como antes.

Siempre hay que partir de una semejanza entre todos para consolidar la igualdad, pero para conseguir la libertad hay que respetar las diferencias.

Si nos paramos a pensar, los conflictos políticos y bélicos siempre han sido entre democracia y dictadura, no entre democracia y democracia. Es así, como los países del Norte de África luchan por esa democracia que nosotros tenemos.

La violencia considero que puede ser considerada lícitamente ética cuando hay una injusticia real, verdadera y desgarradora, también cuando hemos empleado todos los medios para solucionar el conflicto de una manera pacífica y racional pero no se puede. Además también, si hay una clara perspectiva y esperanza de éxito final. Y por último intentar que no afecte a terceras personas inocentes.

La violencia siempre surge cuando no hay homogeneidad en un tema, entonces surgen los conflictos, tal como es el hombre, que tiene una naturaleza instintiva de agresividad, y como dijo Hannah Arendt, la causa de la violencia es el mal, esa banalidad del mal, vulgar que carece de profundidad. De ahí es de dónde origina la violencia.

En un país no hay una sola cultura si no que hay gran diversidad y cada cultura tiene sus propias costumbres, tradiciones, etnias, religión... Por lo que es difícil adaptarse a una nueva cultura, pero si se intenta ya no se ve como tan difícil.

El problema está que cuando la gente decide emigrar a países con una cultura totalmente opuesta a la suya, ellos no se proponen intentar adaptarse a esa nueva

cultura, sino que pretenden seguir con sus propias costumbres, e incluso crean sus propios barrios y es, como si estuvieran alejados del resto de la sociedad. Esto no es integrarse, sino aislarse, y ¿cuál es el problema? Que el aislacionismo conduce a la agresividad, al odio, en definitiva, a la violencia.

Yo considero que no es un posible una convivencia pacífica entre distintas culturas, que crecen diferenciándose del resto y que luego exigen tener los mismos derechos. Esto no es así, ya que tendrían que proponerse, el intentar crecer todos juntos, ya que conseguirían mucho más que si va cada uno por su cuenta.

Pero ¿qué pasa? Que el hombre es egoísta, siempre busca lo mejor para él, sin pensar que quizá la convivencia entre todos les va a beneficiar más.

Al ser egoísta, no piensa, no razona que sería mejor una integración global en la que hubiese un respeto por las diferencias entre las culturas.

La cuestión está en saber adaptarse a lo que nos toca en cada momento.

A pesar de que siempre hay una continua violencia por parte de todos por esa divergencia de ideas de ideas que ya he comentado antes, también nos proponemos el que habrá tranquilidad, paz... pero encontrarla es más difícil que generar violencia.

Se proponen medidas, como las que realizan las instituciones, se pretende el no tener que llegar a la violencia, sino que puede haber competitividad como hay en el deporte, pero que el resultado sea una victoria sin destrucción. Claro que se puede competir, y luchar pero con un fin lúdico, no bélico de enfrentamiento generando heridos y muertos.

Otra medida es la educación, pero la educación aislada no es suficiente, sólo es un

complemento, un aditivo pero muy importante. La educación mediante el diálogo que se transmite en el que se informa a los demás de que tenemos la obligación y el deber moral de no generar violencia. Pero claro, tenemos un problema, y es que a veces a la violencia es necesaria si es por un fin bueno ante la injusticia.

**“Sí es cierto, que en el primer momento pensamos es actuar de una manera agresiva, pero después de meditar inmediatamente buscamos una solución en al que no intervengan la violencia.”**

Con lo cual, puedo responder a que sí vivimos en paz gracias a la violencia, eso sí, no siempre, sino a veces. Ya que muchos conflictos que han ocurrido y se han desencadenado en violencia, y se han

solucionado, se ha conseguido en cierta parte la paz. Pero el riesgo que corremos es resolver los conflictos en violencia es que siempre queda la huella del pasado, ese rencor y odio que surge cuando hemos sido vencidos y queremos la “revancha”, por lo que vivimos en paz temporalmente con la violencia.

Antes de recurrir a la violencia, para resolver un conflicto, debemos barajar todas las posibilidades de poder solucionarlo con otras medidas, pero no, casi siempre nuestro instinto es de rebelión, de agresividad...

Si extrapolamos la tesis de Huntington a nuestra vida particular podemos observar que nuestra paz y tranquilidad está siempre soportada por un conflicto y un enfrentamiento del que no somos conscientes.

Siempre que nos enfadamos por algo en lo que no estamos de acuerdo y consideramos que se nos está haciendo una injusticia nuestro primer instinto es el de agresividad, o el deseo de que a esa persona le ocurra algo malo, es decir, es como si necesitáramos formas más o menos manifiestas de violencia.

Pero para ello tenemos el subconsciente, de poder pensar ante de actuar, ya que si hemos

sido educados de una manera racional sabremos cuál es nuestro deber moral.

Sí es cierto, que en el primer momento pensamos es actuar de una manera agresiva, pero después de meditar inmediatamente buscamos una solución en al que no intervengan la violencia.

Si llevamos la violencia al plano internacional, las consecuencias son aún más dramáticas ya que afectan a grandes masas.

Desde mi punto de vista la violencia no es una forma de mantener el equilibrio internacional, porque como ya he dicho antes, siempre van a quedar vestigios del pasado.

La violencia no tiene una función positiva en el mantenimiento del orden político, social y cultural. Siempre hay que buscar otras medidas para no recurrir a ella.

Es curioso, que en otros ámbitos como es la salud, hemos avanzado paulatinamente a gran escala, obteniendo unos resultados excelentes. ¿Por qué no avanzamos igual de bien en el tema de poder conseguir la paz? ¿Acaso no interesa vivir de forma tranquila y bien?

El saber, todas las artes, como la música siempre han estado presentes en cualquier evento con el fin de fomentar la universalidad. La música nos inspira tranquilidad, paz, alegría de vivir, y de ser todos felices y poder convivir pacíficamente. Muchos artistas, pintores,

músicos, intelectuales han intentado promover ese espíritu de solidaridad, tolerancia y sobre todo paz. Estamos en camino de poder conseguirlo, todo está en nuestras manos.

Aún así, la cultura oriental y occidental somos completamente distintas en el tema de generar la violencia. La cultura oriental nos ha dado un claro ejemplo de cómo se han comportado ante el gran desastre que han sufrido. Estoy completamente segura, que si eso mismo hubiera ocurrido en la cultura occidental, si ya había generado violencia la naturaleza, y había ocurrido un desastre nuclear, nosotros, los hombres, nos hubiéramos comportado de una manera muy pero muy violenta. No como la cultura oriental que no mostró ningún signo de agresividad ni violencia.

Quizá debamos fijarnos también en la manera de cómo actúan los demás y tomar ejemplo de lo bueno..

La autora reconoce que en ciertas ocasiones la violencia contribuye al mantenimiento de la paz. Pero no por ello esconde que tal idea es contradictoria en sí misma: si queremos una paz duradera, no podemos construirla sobre la violencia. Existen bases antropológicas para la violencia, pero también para la convivencia en paz, y esto es precisamente lo que hemos de fomentar.

¿Tiene una función positiva la violencia en el movimiento del orden político, social y cultural?

¿Es la violencia un requisito para la paz? La misma pregunta resulta un tanto paradójica si se entiende la paz como la ausencia de violencia. Estas dos ideas son completamente enfrentadas, y la existencia de una parece negar la otra.

Sin embargo, aunque la violencia no sea la base sobre la que establecer la paz, sí es muchas veces una herramienta de mantenimiento de la misma. Esto se puede observar, por ejemplo, cuando la policía hace uso de la violencia para restablecer el orden en una sociedad, o cuando, como ha sucedido recientemente en el caso de Libia, un organismo como la ONU (cuyo objetivo básico es la paz entre naciones) interviene en un conflicto armado para restaurar la paz y la defensa de los derechos humanos.

Si bien con esto podemos apreciar la faceta positiva de la violencia, utilizada para mantener la paz que ya existía, pero se trata de una herramienta para la paz un tanto burda y contradictoria, pues la misma idea de violencia va en contra del ideal de paz, tan ansiado por el hombre.

Esta violencia represiva trae consigo más violencia, generándose un ciclo sin fin y que sólo conlleva un alejamiento progresivo del objetivo por el que inicialmente luchábamos.

Llegamos con eso a que la violencia, más que una capacidad creativa tiene una tendencia a la destrucción, por lo que resulta muy peligrosa, tanto en la vida cotidiana como a un nivel

internacional.

En la vida cotidiana, nos vemos rodeados de violencia, que muchas veces se cree legitimada. Aunque la violencia tal vez sea un instinto humano resto de un pasado animal, no por ello debemos

permitirnos darle rienda suelta, pues si el hombre no es capaz de imponer su racionalidad a sus instintos, da un retroceso de millones de años en su evolución, volviendo a sus comienzos de tosco cazador nómada. No existe ningún argumento que justifique, por razones biológicas o sociales, que un individuo se deje llevar por su agresividad, pues ésta le degrada como hombre y le convierte en un animal, irracional y dominado por las pasiones más básicas.

**“No existe ningún argumento que justifique, por razones biológicas o sociales, que un individuo se deje llevar por su agresividad, pues ésta le degrada como hombre y le convierte en un animal, irracional y dominado por las pasiones más básicas.”**

Y mucho menos, viviendo en una civilización cuyos valores primordiales son la tolerancia, el respeto y la paz.

A nivel internacional, mientras que el autor parece pensar que las culturas se crean muchas veces por negación de las ideas de otros, y que sólo aprendemos a amar lo nuestro cuando odiamos lo de los demás (dándole así un origen violento a las culturas, pues es el enfrentamiento lo que ayuda a definir el pensamiento), yo creo que éstas aparecen como distintas respuestas a las mismas preguntas, siempre tan imaginativas, que se ha hecho el hombre desde que desarrolló la razón.

Aunque es cierto que el choque de ideales diferentes genera una tensión que puede desembocar en guerra, como ha venido sucediendo tantas veces a lo largo de la historia,

no por ello debemos resignarnos a aceptar que la paz es imposible mientras no exista una única civilización imperante.

Más bien, debemos aprender a ceder, a aceptar que ante todo aquello que no se puede expresar por medio de una ley matemática, surgirán reflexiones muy diversas, y que todas ellas tienen parte de verdad.

Por ello, no debemos aferrarnos a nuestras ideas como las únicas válidas, sino que debemos abrir nuestra mente, desarrollar más empatía, conocer mejor al otro, aprender a ponernos en su lugar, para llegar así a una convivencia pacífica, con una diversidad cultural que enriquece al hombre.

A lo largo del ensayo, su autora afirma que la violencia tiene un sentido histórico, que nos ha traído hasta la sociedad actual. Sin embargo, esto no implica que debamos seguir siendo violentos. Al contrario: el mejor reconocimiento hacia el pasado y todos sus muertos consiste en no repetirlo, pues esta es la única manera de dar sentido a su sacrificio.

La violencia está presente en la sociedad actual, esto es irrefutable. Hay violencia en la calle, violencia en los colegios, violencia en el deporte, violencia entre países... Y esta sociedad actual es fruto de un cúmulo de acontecimientos pasados que desde hace millones de años hasta ahora han ido evolucionando en mayor o menor medida, han sido mejores o peores, pero, está claro, son los que nos han dado lo que tenemos ahora. La Historia ha construido el momento actual.

Y nos guste o no, hay que ser conscientes de una cosa: la Historia le debe mucho a la violencia. “Deber” en el sentido de que la Historia no sería lo que es si no hubiera existido la violencia. Son muy numerosos los acontecimientos violentos que han condicionado la Historia, y, por lo tanto, la sociedad actual: las dos guerras mundiales han determinado las relaciones políticas, sin las rebeliones de la población muchos países seguirían con regímenes totalitarios, sin la oposición a ciertas ideologías o movimientos nunca habríamos conseguido muchos derechos y libertades. Y todas estas oposiciones, rebeliones, y por supuesto, las guerras, han sido llevadas a cabo gracias a la violencia. Sin la violencia, la sociedad actual no sería la que es.

Algo es obvio: la violencia ha provocado a lo largo de la Historia miles de millones de pérdidas humanas. Esto se puede tomar desde dos puntos de vista. Por un lado, gracias a esas muertes, a la gente que ha dado su vida por defender unos ideales, que ha luchado por el bien común, hemos conseguido muchas de las libertades que tenemos ahora. Por otro lado, si lo vemos desde la idea de que “el fin no justifica los medios”, si esa violencia no hubiera existido, si todas esas personas no hubieran muerto, no habríamos conseguido esto, y seguiríamos sometidos a dictadores, siendo privados derechos y libertades o siendo juzgados por ser o pensar de forma diferente.

A mí, personalmente, no me gustaría tener que pensar que todas esas muertes han sido en vano. Yo agradecería a todas esas personas que murieron por defender lo que sentían o pensaban, que ahora yo pueda estar disfrutando de todos los privilegios de los que disfruto.

Para concluir: ¿tiene una función positiva la violencia en el mantenimiento del orden político, social y cultural? Opino que en parte sí, una función positiva sí. Por supuesto que la violencia no es algo positivo en sí mismo, y que hay muchos métodos mucho mejores que ella, pero que gracias a ella tenemos todo lo que tenemos, eso no lo podemos negar.

**“[...] la violencia no es algo positivo en sí mismo, y que hay muchos métodos mucho mejores que ella, pero que gracias a ella tenemos todo lo que tenemos, eso no lo podemos negar.”**

El propio crecimiento personal y social se realiza siempre en oposición a otros, de una manera dinámica. Para evitar la violencia hemos de tomar conciencia de la pluralidad de perspectivas, mostrando disposición al diálogo, y renunciando a la solución más sencilla, que es precisamente la violenta.

A menudo nos resultan complicadas las preguntas aparentemente más simples. Yo, por ejemplo, me encuentro totalmente atrapada cuando me piden que me describa, que hable de mí y de lo que soy. Debería tener plena consciencia, sin embargo me resulta más sencillo y exacto confirmar qué no soy, qué no me gusta, qué no tolero... Detrás de ello está todo aquello que soy, que me gusta y que me apasiona, pero es más descriptivo construirse a sí mismo por contraposición que por creación.

Todos precisamos de referentes para elaborar nuestra identidad, tanto a nivel personal como colectivo y es por ello

que Huntington considera la violencia como la manifestación de dicha antítesis, imprescindible en el mantenimiento del orden político, social y cultural. Según él, y por este mismo motivo, las civilizaciones están avocadas al conflicto, cumpliendo la violencia una función positiva.

Sin embargo, y a pesar de lo irremplazable que resulta la necesidad del antagonismo para nuestra propia determinación, ¿se puede considerar la violencia como algo positivo? ¿Hasta qué punto abarca su capacidad creadora? ¿Mantiene el equilibrio o por el contrario lo rompe? ¿Es utópica la paz entre civilizaciones?

En primer lugar, deberíamos analizar cómo está constituida nuestra identidad y de qué modo aceptamos o necesitamos la violencia como parte de ella. A continuación sería necesario precisar nuestro grado de tolerancia y el poder que otorgamos a la violencia. Podemos entonces concretar la función de la violencia en la constitución cultural y la posibilidad de la existencia de un orden pacífico.

Como ya ha sido dicho al comienzo, resulta inevitable la elaboración de la propia identidad a partir del contraste. Partiendo de lo común, cada pueblo, cada civilización, cada país, cada comunidad, cada persona se desarrolla hacia un todo diferente, crece buscando unas señas de identidad: un territorio,

unos amigos o aliados, un pensamiento... Estas diferencias creadoras no son, sin embargo, necesariamente muestras de violencia, sino rasgos esclarecedores de nosotros mismos. Previsiblemente, cada cual defenderá sus ideas, su lengua, su territorio o su patrimonio, y se creará un conflicto con quienes defienden los suyos propios, al cual según Huntington están destinadas las civilizaciones. Pero, ¿caso no estamos lo suficientemente dotados como para evitar que dicho conflicto dé lugar a una situación de violencia? ¿No somos capaces de mantener el conflicto como algo enriquecedor y creador, al igual que sucede en un debate con

**“No hay arma más letal que la ignorancia, que lleva a la violencia y al desprecio, por lo que es necesaria una educación que haga comprender y respetar las diferencias y terminar con la tiranía de lo violento.”**

distintas opiniones, sin que esto dé paso a una violencia destructiva?

Bien, el problema reside en dos hechos: el primero es ese insano vicio tan característico de los seres humanos de creer que lo propio es innegablemente lo mejor. El segundo es el poder que el sistema en que vivimos otorga a la violencia como medio para lograr cualquier fin. Estos son los motivos de que las diferencias desemboquen en violencia. Pero esta violencia es un conflicto destructor, más allá de lo magnífico de lo diferente, finalizará en un ganador y un perdedor, y en lugar de mantener el rico mosaico de diversidad, y dado que las diferencias también se extienden en tamaño, dicho “ganador” desestabilizará el orden. Este avance de una cultura predominante, desequilibra la diversidad.

Resultaría utópico creer que personas y culturas que se desarrollan antagonizándose pueden convivir pacíficamente, pero tampoco deben hacerlo. Deben mantener la variabilidad de opiniones, los diferentes pensamientos y

formas de vida, deben defender los suyos propios para que no desaparezcan y compartirlos para obtener los frutos del debate, el dualismo y el conflicto.

Sin embargo, en ningún momento deben pretender imponerse, ya que la libertad de cada cual finaliza allí donde comienza la del prójimo, es por ello que el verdadero equilibrio reside en el conflicto, cuya función es positiva, pero no en la violencia, pues ésta aniquila. Para lograr esta situación de pacífico conflicto sería necesario afrontar los problemas citados anteriormente, y para ello es necesario formarse en el respeto mutuo y el conocimiento, y robarle a la violencia su cetro centenario.

No hay arma más letal que la ignorancia, que lleva a la violencia y al desprecio, por lo que es necesaria una educación que haga comprender y respetar las diferencias y terminar con la tiranía de lo violento. Es hora de seguir luchando, pero de forma creadora. Es hora del conflicto pacífico.

El autor remarca que la paz lograda a través de la guerra nunca puede ser auténtica, sino que deja sembrado el odio y la venganza. En nuestra vida diaria tendemos a pensar que la violencia no es el camino a seguir, pero existen ejemplos en los que sigue aplicándose. Pese a que tengamos a proteger lo que consideramos nuestro, la integración de la inmigración es un buen ejemplo de convivencia, que podría refutar la tesis de Huntington.

A lo largo de la historia se han sucedido numerosas guerras entre distintas naciones. Roma y Cartago, Francia e Inglaterra, Estados Unidos y Rusia...

Todas estas guerras comparten una cosa en común, son enfrentamientos entre dos culturas distintas, dos formas de organizarse...

Al final de una guerra siempre queda un ganador y un perdedor. El que gana se impone al que pierde, y este último tendrá que aceptarlo. Se implanta así una especie de paz, originada por la violencia.

Pero, ¿qué entendemos por paz? ¿Acaso, la paz no es la ausencia de guerra, es decir, de violencia? ¿Cómo puede la violencia llegar a crear paz si se trata de dos extremos opuestos?

En la actualidad, seguimos usando la violencia como medio para crear paz; para detener a Gadafi, la ONU no ha dudado en mandar ejércitos a por él.

Quizás se consiga una paz en el Norte de África, sin embargo, se tratará de una paz temporal, que algún día acabará. Si se utiliza la violencia para generar paz, como ya hemos dicho, siempre habrá un perdedor. Este perdedor se verá derrotado y buscará venganza. Así, se volverá a otra guerra, entramos entonces en un círculo vicioso en el que guerra y paz se impondrán durante tiempos determinados. La violencia no puede crear una paz verdadera, sólo una paz que más tarde o más temprano se

convertirá en guerra. En nuestra época, se puede hablar de una paz generalizada, pero ¿qué es lo que ha generado esta paz? Los países desarrollados siguen destinando fondos para la defensa y la creación de armas. No hay guerras, pero todos se preparan para ella. Hemos construido armas capaces de destruir nuestro planeta, sin embargo, todos, o al menos se supone, deseamos la paz. ¿De qué sirve prepararse para algo que no va a ocurrir? El miedo a una posible guerra es lo que hace que

las distintas naciones se preparen. Pero quizás este miedo sea también el responsable de aquella paz generalizada de la que hablábamos. El temor a una posible represalia es la causa de que los países guarden las armas y no se atrevan a usarlas. Si uno ataca, los demás irán a por él, como ocurre en la Guerra de Libia. La “paz” de la que hoy gozamos es

fruto del temor a la violencia. Luego la violencia, de una forma indirecta, puede llegar a crear una paz entre los diferentes Estados. No obstante, ¿es esta paz la que buscamos? La paz de hoy en día es producto del temor a una posible guerra, pero ¿podemos vivir bien si tememos a algo? De momento, este método ha funcionado. Las personas pueden vivir con miedo a algo, pero está claro que nunca llegarán a ser verdaderamente felices. Si queremos ser felices, hay que buscar otra forma de asegurar

**“[...] la violencia puede servir para otros muchos fines, pero sin duda alguna, las personas que usan la violencia como medio no serán felices nunca.”**

una paz generalizada como la que tenemos hoy en día. Aunque es verdad que la mayoría de la gente ignora este temor, y en su ignorancia creen ser felices, sin llegar a serlo del todo.

En nuestra vida particular, las cosas cambian; la violencia no es un método para conseguir nuestro fin, la felicidad. Es cierto que la violencia puede servir para otros muchos fines, pero sin duda alguna, las personas que usan la violencia como medio no serán felices nunca.

Pongamos un ejemplo: si nosotros vamos en nuestro coche y de repente, tenemos un accidente chocando contra otro coche, se nos presentan varias opciones (si tenemos la suerte de salir ilesos): podríamos salir del coche y responder violentamente al otro conductor, a lo que este último reaccionaría de la misma manera, y en el peor de los casos uno de los dos acabaría muerto. Sin embargo, podríamos también dialogar con la otra víctima, de igual a igual, tanta culpa tendríamos nosotros como el otro conductor. De esta forma se muestra que en nuestra vida personal la violencia no sirve para nada, y es sustituida por el diálogo, herramienta del hombre que es verdaderamente útil. Debemos potenciar el lenguaje en nuestra vida particular, aprendiendo a usar el diálogo, y, sobretodo, aprendiendo a escuchar.

Al principio del texto hemos hablado de que las diferencias culturales son uno de los motivos de las guerras, y en último caso, de la

violencia. Se nos plantea así una pregunta: ¿Es posible que dos personas (o dos países) de diferentes culturas convivan pacíficamente?

Siempre ha existido en nosotros una tendencia a proteger lo nuestro, nuestra familia, nuestra cultura, nuestra religión, nuestra patria... Es por esto por lo que surge el racismo, que en sus últimas consecuencias, deriva en una violencia física o psicológica hacia personas diferentes a nosotros. Si tomamos como ejemplo a España, podemos observar como en los últimos años millones de inmigrantes de diferentes razas y culturas han venido a nuestro país, produciéndose así una mezcla racial y étnica que ha favorecido la disminución del racismo. Es frecuente ver personas que relacionan inmigrante con delincuente, pero esto es mentira, pues hay aún más detenidos españoles que extranjeros. Todo esto nos demuestra que sí es posible la convivencia de diferentes razas y culturas. Aunque aún existe el racismo, éste irá desapareciendo con los años, por lo que es un problema que se solucionará con el tiempo. Para acabar, afirmar que la violencia en ningún caso tendrá una función positiva, puesto que ésta supone siempre una derrota, tanto para el ganador como para el perdedor, pues los dos dejarán de ser personas, y convertirse en simples animales incapaces de utilizar la razón, la cual ha de convertirse en la guía del ser humano.

La violencia es una constante histórica, que contrasta con el pensamiento más extendido, defensor de la paz. Al fundarse en la propia naturaleza humana es prácticamente imposible esperar que la violencia desaparezca para siempre, pero sí es posible abogar por mecanismos para reducirla y controlarla, como la educación o las instituciones internacionales.

Muchas son las voces que se alzan hoy a favor a la no-violencia y a la paz.

Los medios de comunicación nos informan cada día de más casos de violencia, pero ¿esto es de ahora o a lo largo de la historia de las civilizaciones ha habido más casos de violencia? Sin lugar a duda, a lo largo de la historia de las civilizaciones ha habido muchísimos casos de violencia. La gente de los siglos pasados resolvía sus problemas mediante la violencia. Incluso se puede decir que nosotros somos una nación bélica, ya que a lo largo de los siglos pasados hemos defendido nuestros territorios gracias a las victorias obtenidas en las guerras. La gente hoy en día se diferencia de la gente de antaño porque hemos recibido más educación que ellos y porque en una situación tensa preferimos llegar a un acuerdo con la otra persona mediante el diálogo.

Incluso hoy en día hay casos de enfrentamientos entre pueblos como es el caso de Irak, Líbano, China y hace poco la guerra estalló en Libia. Hoy en día los distintos levantamientos humanos tienen lugar por el afán de búsqueda de una vida mejor. Las personas queremos llevar una vida tranquila que se reconozcan los derechos humanos de cada uno de nosotros, tener acceso a la sanidad pública, etc. y hacer todo esto en una sociedad de bienestar.

¿Es la violencia una forma de mantener el equilibrio político internacional? Yo diría que sí porque gracias a los diferentes enfrentamientos, golpes de estado, etc. tomamos conciencia de la situación y también porque gracias a estas situaciones hay reuniones internacionales donde se intercambian ideas y se puede llegar a conclusiones que podían acabar con la violencia, en las diferentes partes del mundo, pero en mi opinión la violencia no se acabaría nunca porque siempre habrá casos de agresión, violación, etc., como dijo Darwin “sobrevivirá el más fuerte”. La violencia ha existido a lo largo de la historia porque la llevamos en los genes pero no voy a entrar en este tema porque ésta es una olimpiada de filosofía, no de biología.

Aunque se acabaran las guerras siempre habrá guerras ocultas, silenciosas como es el caso del acoso escolar. Yo tengo la suerte de no haber padecido este tipo de violación, pero me han contado compañeras mías, que se han visto en situaciones extremas, que han necesitado ayuda especial para poder pasar por esta situación de rechazo. ¿Cómo se puede combatir la situación de rechazo entre otras culturas?

Para contestar a esta pregunta me apoyo en lo ayer dicho por Fernando Savater “hay que crear nuevas instituciones, fomentar la educación y otorgar más leyes, y claro, sancionar su incumplimiento. Al fin y al cabo el

**“Pero gracias a la opresión de estos tiranos, los distintos pueblos se han rebelado y lo han hecho buscando un fin y este fin ha sido una mejora en sus condiciones de vida.”**

ser humano es un animal racional que se mueve por incentivos.

El afán que tenemos las personas del siglo XXI es acabar con las guerras, que se reconozcan los derechos humanos de cada uno, acabar con algunas formas de gobierno que oprimen a su pueblo y así conseguir la paz mundial, pero siempre habrá alguien dictador, tirano que acabara con nuestras ilusiones y esfuerzo de las distintas instituciones por mantener la paz, menospreciando a sus súbditos.

Pero gracias a la opresión de estos tiranos, los distintos pueblos se han rebelado y lo han hecho buscando un fin y este fin ha sido una mejora en sus condiciones de vida. Así que se puede decir que las guerras o los distintos enfrentamientos y alzamientos son positivos porque gracias a ellos se ha producido un cambio en las relaciones políticas, sociales y

culturales. Como dijo Heráclito “todo cambia nada permanece”, “todo está en constante devenir”.

Otro filósofo del siglo XIX, Karl Marx, dijo que todo cambia gracias a las constantes luchas de clases, y que cuando se acabaran estas contradicciones se acabaría la historia.

Para acabar diría que sí, que la violencia ha tenido a lo largo de la historia una función positiva en el mantenimiento del orden político, social y cultural, porque como mencioné antes gracias a los distintos levantamientos se ha llegado a mejoras políticas, culturales y sociales. Pero claro no podemos basarnos siempre en la violencia para conseguir alguna mejora, por esto y apoyando lo dicho por Fernando Savater hay que crear nuevas naciones y fomentar la educación por esta misma razón hay que apoyar instituciones como las Naciones Unidas y la OTAN.

Según la autora, la violencia está inscrita en nuestro propio pasado y nuestra historia. Vivimos en medio de una dialéctica en la que el deseo de paz y la realidad violenta nos obligan a buscar puntos intermedios. Más aún en un mundo interconectado como en el que vivimos: la violencia local es global, y hemos de buscar soluciones dialogadas en todos los ámbitos.

El concepto de violencia, para cualquier persona con una mentalidad abierta, trae consigo connotaciones totalmente negativas. Los actos violentos finalizan con un balance de daños innecesarios, que pueden sustituirse por acuerdos o pactos. Podemos pensar que estos pactos tampoco son el clímax de la perfección, ya que implican una dificultad y un tiempo que con la violencia extrema puede ser disminuido.

Es cierto que los enfrentamientos entre humanos son una constante en la historia. Por ejemplo, desde nuestros antecesores más lejanos, los homínidos, hasta los no tan lejanos, se han solucionado los conflictos mediante el homicidio. Este fenómeno, que Bacon denominó “justicia salvaje” no tiene cabida en una sociedad racional como, supuestamente, es ésta en la que hemos tenido la suerte de nacer.

No sería erróneo pensar que nosotros nos creamos observando lo que tenemos a nuestro alrededor. ¿Y qué es lo que nos encontramos? Pues obviamente cosas que no nos gustan. Si nos encontramos ante una persona que por ejemplo, maltrata a su mascota, iremos conducidos a una reflexión acerca de cómo afrontar el hecho. Debemos extraer una síntesis del conflicto entre el sí al maltrato o la negación. Por supuesto de este modo el humano se creará a sí mismo, rechazando lo que observamos, formándonos como seres no violentos.

Según esta correspondencia entre tesis y antítesis, nos encontraríamos un conflicto similar en el ámbito paz-violencia. Se puede reflexionar sobre cómo el rechazo a la violencia conlleva la paz, pero es que no sería necesario un rechazo a la violencia si, “simplemente”,

fuéramos capaces de vivir sin recurrir a ella. Esta ausencia de violencia constituiría por sí sola la paz, y deber ser uno de los objetivos del desarrollo del humano.

Actualmente, observamos conflictos en el norte del continente africano, pero, ¿qué equilibrio político puede extraerse de una guerra? Esta pregunta es fácil de responder: un ganador y un perdedor. ¿Es esto equilibrio? Indudablemente no. El equilibrio es el diálogo, y es aquí donde entramos en la cuestión más difícil. ¿Qué pasa si una de las dos partes no está dispuesta a negociar? Esta cuestión es extremadamente peliaguda, y es entonces cuando racionalmente debe plantearse un balance de daños, para así intentar tomar la decisión menos problemática, aunque para ello se deba sacrificar uno de los sectores enfrentados.

Lo que debería ser verdaderamente impensable es la oposición al diálogo de ciertos autoritarismos. Como dice Savater, es la democracia el sistema de gobierno menos conflictivo, ya que, a medida que el desarrollo intelectual de los países aumenta, disminuye ese modo violento y brutal de hallar las soluciones.

No cabe duda que el egoísmo es una característica intrínseca de los humanos, una característica contagiada a los gobiernos. Todos, o casi todos, preferimos el bien para nosotros mismos, ¡dejémonos de hipocresías!, pero eso no es sostenible. Debemos aprender a pensar en los demás, bien sean países o bien sean personas, aunque para esto debamos sacrificar algunos de nuestros intereses tenemos que ceder. Este es el modo menos dañino de

afrontar los enfrentamientos cotidianos o gubernamentales a todos los niveles.

Presenciamos, día a día, el fenómeno de la globalización, un fenómeno ya imparable. En este mundo que creamos, y que podría modificarse con el remplazo generacional para la mejora de la convivencia no tienen cabida las sociedades que pretenden vivir aislados del mundo. En la antigüedad esto sí era posible, y muestra de ello es el desconocimiento de culturas, como la indígena, que de repente surgen de la nada ya no es momento de vivir ajenos a los fenómenos que ocurren a nivel global, como podemos presenciar cada día si nos disponemos a informarnos en cualquier medio. Es una realidad que no se puede imponer a las culturas por la fuerza nuestra ideología,

tenemos que mostrar la capacidad de utilizar nuestro intelecto para pactar, y enseñar este gran

**“Todos, o casi todos, preferimos el bien para nosotros mismos, ¡dejémonos de hipocresías!, pero eso no es sostenible.”**

principio a cualquiera que se permite el lujo de cuestionarlo.

En cuanto al ámbito más personalizado, debe conducirnos a la reflexión la idea del todo como el conjunto de las partes. Si a nivel individual contribuimos al fortalecimiento de un mundo menos violento, será más fácil la consecución de estos objetivos. Es una realidad tanto que se dan actos violentos como que no es imprescindible que tengan lugar. Natural es pensar, por ejemplo, que si alguien nos agrede, hagamos lo mismo. De acuerdo, es natural, pero ¿es racional? Durante mucho tiempo se ha considerado la ley del Tali3n como precepto fundamental del hambre: “ojo por ojo, diente por diente”. Est3 bien, intentemos hacer justicia de este modo ¿Qu3 ocurrirá?

Pues que este modo de venganza nos conduciría a un bucle de absoluta destrucci3n.

Si yo te agredo, t3 me agredes, pero al agredirme a m3 est3s agrediendo a una persona que tiene un c3rculo familiar y de amistades que tendr3n sed de venganza. ¿Qu3 pasa si le pagan con la misma moneda? No cabe duda que llegaríamos a la destrucci3n de todo lo conseguido con a3os y a3os de evaluaci3n. Se plantea as3 una nueva cuesti3n en el hilo del ovillo infinito de la reflexi3n, c3mo llegar a un estabilidad. No ser3a necesaria la venganza si no tiene un antecedente, entonces, ¿ya no estamos a tiempo de parar las malas intenciones? S3, por qu3 no, pero para ello es necesario que entre en juego un nuevo factor, el perd3n. Sin el perd3n es complicado. No obstante, ha de ir acompa3ado de la justicia y c3mo no de la tolerancia.

En conclusi3n, la posibilidad de conseguir establecer un equilibrio mediante la violencia, ha de ser rechazada. Es una soluci3n f3cil, s3,

pero no por ser f3cil es correcta, ya que siempre lo negativo se presenta con una apariencia sencilla y ventajosa. Para conseguir el fin 3ltimo del humano, la felicidad, tan bien definida por Arist3teles debemos concienciarnos de que el di3logo es la 3nica arma que tiene cabida en un mundo solidario. Con la palabra como medio de obtenci3n de nuestros objetivos y tambi3n como forma, m3s potente de lo que creemos, de defensa, podremos alcanzar esa sociedad no violenta que s3lo algunas mentes con ideolog3as tan dif3ciles de argumentar como de comprender no conciben. Si consigui3ramos que esas ideas, que afortunadamente parecen descender en n3mero de seguidores, desaparecieran absolutamente, nuestro modo de vida dar3a un giro radical y se orientar3a a esa, seguro que no perfecta pero s3 m3s correcta, sociedad no violenta ¿utop3a? Tal vez.

La historia ha sido la sucesión de imperios, reyes y guerras. El enfrentamiento entre países sigue dándose en nuestros días de una forma más o menos manifiesta. El bienestar de unos es la explotación de otros. Por ello, la autora afirma la necesidad de ir tomando decisiones que pueda dar la vuelta a este aparente orden social y cultural, promoviendo una nueva cultura y un nuevo marco para las relaciones políticas entre distintas sociedades.

En los últimos días, se nos han aparecido ante nuestros ojos diferentes manifestaciones que nos podrían permitir una primera negación de la capacidad de la violencia para lograr mantener el orden. Pero preferiblemente, al menos de momento, no recurramos a estas situaciones tan actuales, pues aún desconocemos hasta dónde llegarán sus consecuencias.

Gran parte de la historia de la humanidad se ha ido constituyendo a partir de las aspiraciones imperialistas de reyes, jefes y cualquier otro tipo de poderoso, quienes, movidos por el afán de superioridad e impulsados por su ego, han sido capaces de anular todos aquellos condicionantes culturales que no respondían a su propósito. Esta infravaloración de los modos de vida de otras sociedades ha propiciado la desaparición de otros individuos, con sus propios códigos morales, y nunca sabremos hasta dónde podríamos haber llegado con sus aportaciones. Pero éste no es la cuestión principal, mi pregunta, contextualizada a partir de la educación del siglo XXI es por qué ciertas personas tienen el derecho a considerar sus códigos morales superiores a los de otros individuos. Ningún razonamiento nos llevará a aceptar este derecho, pero, sin embargo, como ya afirmé anteriormente, muchos lo tomaron como deber. En consecuencia, la inaceptación de diversas culturas y a la vez el espíritu de implantar un único conjunto de valores, sólo es posible recurriendo a la fuerza. A partir de aquí, dejemos volar la imaginación y convirtámonos en nuestros propios destructores.

Volvamos a la cuestión que nos ocupa, pues ahora tenemos algún argumento más para rechazar esta “utilidad”.

Desde la Guerra Fría, el hombre vive con la tensión de una amenaza nuclear, creada por unos valientes que pronto pasaron a suplicar caridad cual inocentes. Deberían estar orgullosos de haber sido capaces de elegir su fin... Desde ese momento, este miedo ha pasado a ser uno de los principales motores de la política internacional. No obstante, también encontramos otros factores, en la mayoría de los casos económicos, que mueven todas las decisiones de Estado.

Y como es lógico, en un mundo con más de doscientos países, los intereses no tienden a coincidir. Y entonces, ¿qué hacemos? No nos compliquemos: elige el arma que más te guste y... no hace falta que te lo explique, creo que conoces el procedimiento.

Puede resultar irónico, si bien, lo que estoy afirmando es que tras un aparente espíritu de diálogo, se esconde una red de estrategias para imponer al otro que diga sí y, si no quiere, también sí.

Y de este modo, me atrevería a afirmar que la violencia es el único modo de mantener los intereses, pero sólo de unos pocos, por lo que mientras la satisfacción crece en una reducida minoría, en otros muchos la rabia brota de sus entrañas.

Sí, es cierto, quizás esta primera conclusión parezca una incongruencia con mi postura inicial, pero démoslo otra vuelta antes de posicionarnos.

Hemos argumentado que la violencia es la mejor herramienta para mantener el orden, pero ahora añadido que ese orden no es infinito, y por lo cual, en algún momento desaparece. Sin embargo, ese abandono no se manifiesta con un “beso y un abrazo” sino que ocasiona una serie de hechos de influencia global y cuya consecuencia principal tiende a ser la muerte de inocentes.

Comprobémoslo leyendo el periódico que un quiosquero vendía esta mañana o analicemos cómo estalló la Primera Guerra Mundial.

¿Sería evitable?

No niego que cada uno intente defender lo propio, que luche por lo que le place tener, pero tampoco admito que para lograrlo tenga que pasar por encima de los demás, pues ellos también tendrán sus propias motivaciones. Me gusta ser optimista, por lo que apoyaré la postura de Rousseau de que “el hombre es bueno por naturaleza”. En consecuencia, si consideramos que el espíritu de bondad está en el interior de todos los hombres, lo que implica que nos relacionemos entre nosotros por actos bondadosos y caritativos, carecerá de cualquier argumento la explicación de la causa de todos aquellos actos que realicemos considerándonos superiores, y por lo cual, con derecho a implantar nuestro método. Debemos aceptar que vivimos en una sociedad multicultural, y la mayoría de los códigos que cada persona ofrece son válidos, pues en el fondo, los sistemas morales más importantes, -como el

cristianismo, el Islam o el platonismo-comparten una gran serie de prescripciones morales, y por lo cual debería ser posible la convivencia pacífica entre culturas diferentes.

Por otro lado, el ser humano sólo se desarrolla plenamente en sociedad, es allí donde realiza su entelequia, como diría Aristóteles, y si consideramos a éste bueno, debería enfocar su

vida hacia el otro.

Es decir, deberá mostrar esa bondad responsabilizándose del otro, siendo solidario con él, pues sólo así mostrará los valores más importantes del animal racional.

Entonces si hemos afirmado que el conjunto de hombres que constituyen la sociedad en un principio rechazan el camino del mal, y la mayoría de los Estados, representantes del orden político, social y cultural, se han constituido a partir de los intereses de esos ciudadanos buenos, carece de sentido la utilización de la violencia en la vida diaria.

Con ello no quiero decir que estemos preparados para levantarnos ahora todos y quemar todas las armas y sus derivados, pues el mundo ha sido educado en ese ideal de poder e imposición, y de ese modo no lograríamos nada. Sin embargo, creo que sí que está en nuestras manos la concienciación de la sociedad de que el mundo podría funcionar de otra manera, si empezásemos a mirar al otro como a uno de nosotros, descubriendo sus debilidades y franquezas, y mostrándonos una ayuda mutua. Ello sería de un valor incalculable pero gratuito.

**“[...] tras un aparente espíritu de diálogo, se esconde una red de estrategias para imponer al otro que diga sí y, si no quiere, también sí.”**

Con un estilo literario y con varias referencias a la mitología, la autora rechaza la cultura de la violencia y su uso político. Cuando domina sobre la sociedad la violencia produce hombres violentos. Frente a esto, la autora aboga por una nueva forma de concebir al ser humano, afirmando la paz y la convivencia como uno de sus valores básicos. Aunque pueda parecer un ideal, no hay otra manera de realizarlo que creer en él.

Hoy, mi pluma sangra tinta roja, roja como la sangre de los inocentes que mueren cada día víctimas de la violencia, roja como las manos de aquellos que causan dolor y muerte. Hoy, mi pluma se rebela contra mi mundo que se ha convertido en una bomba de relojería, cuyo tic-tac vertiginoso resuena con más fuerza que el latido de nuestros corazones.

Hoy, me preguntan sobre el papel de la violencia en nuestro entorno. ¿Es positiva? ¿Ayuda a mantener el orden político, social y cultural? Maquiavelo decía que la decisión más segura para un príncipe, al elegir entre ser amado y ser temido, era justamente la segunda.

El empleo de la violencia, por lo tanto, es la mano de acero de un estado, recubierta del guante de terciopelo del poder. El uso de la violencia, no podemos negarlo, ayuda a mantener el equilibrio político internacional, de una manera rápida y efectiva. Pero... ¿a qué precio?... Un precio demasiado alto. Miles, millones de muertos, mutilados, huérfanos y viudas condenados a llevar un duelo interior por el resto de su vida. Sí, ellos son las víctimas colaterales, tal como nos las presentó Picasso en su Guernika, tal como nos las presentó el pintor alemán Otto Dix que sufrió en su propia carne los horrores de la guerra. “Balas, bombas, ratas, hambre, trincheras, sueño, muertos, sangre... esto es la guerra”, escribía este último, que durante 18

años pintó cuadros oscuros. Y es que las cicatrices que deja la violencia son mucho más profundas, y nosotros lo sabemos. Y aún así, añadimos sal a la herida, y pretendemos justificar el uso de la violencia al servicio de la paz. Mas ¿qué paz es esa? Una paz firmada con lazos invisibles que encadenan la dignidad y libertad del hombre. “Vencerán pero no convencerán” diría Unamuno. “No se llega, mediante la violencia, a un corazón” diría Molière.

Pero aquí estamos, ante un panorama continuo de enfrentamiento entre civilizaciones, que nos imposibilita crear una convivencia

pacífica entre culturas. Sin embargo, a pesar del pesimismo de algunos, yo creo en “el mito de la caverna” de Platón. Creo que deberíamos abrir

“[...] la violencia no es más que opresión, que brutalidad, que crueldad. Es injusticia. ¿Erradicar la injusticia con más injusticia? Me parece un error.”

los ojos, combatir la ignorancia, el terror a lo desconocido, puesto que “la violencia es el miedo a los ideales de los demás”, tal como lo expresó Gandhi. Deberíamos aprender sobre otras culturas, sobre otras costumbres y sorprendernos al descubrir que a pesar de las diferencias, todo ser humano aspira a los mismos valores... la verdad, la libertad y la justicia.

Aún así, vuelvo a mi propósito inicial. ¿Se justifica el uso de la violencia para el mantenimiento del orden?

Mi abuelo, gran amante de la mitología me contó que la Violencia, también llamada Bia, era hermana de Niké (la victoria), de Zelos (los celos o la Emulación) y de Cratos (la Fuerza). Los griegos la representaban como una mujer con coraza y una maza que mata a un niño. ¿Qué quiero decir con eso? Que la violencia no es más que opresión, que brutalidad, que crueldad. Es injusticia. ¿Erradicar la injusticia con más injusticia? Me parece un error.

La única solución sería cambiar los pilares sobre los que se apoya nuestra sociedad, puesto que uno de ellos es la violencia. ¿Cómo? Mediante la educación, pues “el hombre no es más que lo que la educación hace de él” tal como pensaba Kant. O que “ser hombre es hacerse hombre” como decía Unamuno quien confiaba en la plasticidad del ser humano. En concreto, para salir de la mítica caverna de la

ignorancia, necesitamos algo que nos libere de las cadenas de la violencia y del prejuicio... la educación.

Sí, creo que el ser humano puede prescindir de la violencia en un futuro no muy lejano. Me pueden tachar de optimista, pero no importa. Para conseguir un ideal, hay que creer en él.

Tengo el convencimiento de que la diosa Bia, o la violencia se puede convertir en la diosa Eirene o la paz, quien tiende una rama de olivo a un niño. Tengo el convencimiento de que esta pluma dejará de sangrar el día que comprendamos que hay otros caminos para “conquistar” los corazones humanos. Yo creo en este ideal, el de erradicar la violencia...

¿Vosotros creéis en él?

El ser humano se va llenando de experiencias e ideas. Y el Estado es uno de los que tratan de inculcar valores, normas y acciones que nos conducen a la violencia, a la defensa de símbolos que ni siquiera debiéramos considerar propios. El miedo anida en lo más hondo del ser humano y es una de las principales bazas del ser humano. Por ello, el autor defiende una crítica de la violencia que nos conduzca a un uso racional de la misma.

Cada individuo, como ser banal y superfluo, pero con la capacidad y virtud de lo racional y de pensamiento propio, se lo considera un objeto vasija.

Esta afirmación puede llegar a contradecirse en sí misma, pero se reafirma sólidamente por el simple hecho de que vivimos en un mundo globalizado, socio-culturalmente ya formado y establecido, en el que, al nacer, se te inculca de manera disfrazada una serie de valores dulcificados, escondidos detrás de unos intereses mucho más elevados a nivel político y/o económico. Por el simple hecho de vivir en una familia, comunidad, nación, estado tu actitud y manera de encarar la vida se define por una sola carretera, un solo carril, en la infinidad de posibilidades que te ofrece la red de autovías más grandes jamás creada, la vida.

Y es el estado, en su forma más extensa, el que nos elige nuestra propia carretera, la que se supone que es la más ventajosa para nosotros o para él.

Nos crea necesidades, patriotismo, incluso ensalza antiguos héroes nacionales con el propósito de engrandecer una nación que ya no existe, del pasado, al que igual que sus relevantes revolucionarios. En muchos países, el todavía pequeño futuro colorea junto a fenómenos televisivos animaos, antiguos

personajes cuyo peso histórico se hundió cuando esa historia, ese período, finalizó. Colorear en las aulas, sea lo que fuere, no es decisión suya, con edades inferiores a los seis años la virtud de la capacidad de elección está aletargada, encapsulada en la inocencia y es en este preciso instante cuando empezamos a ser vasijas, el barro es biológico y su color y textura no se puede cambiar, pero sí moldear, pero sí colorear.

Precisamente, ¿esto es violencia? La respuesta concreta y absoluta es rotunda, es la llamada violencia simbólica o estructural. Un ejemplo actual e idóneo de los tres tipos de violencia que nos conciernen es la violencia de género.

En esta aberrante forma de camuflar la inseguridad propia, del propio agresor, es en la que se proyecta la violencia psicológica, al hacer creer al emisor, a tu pareja, que es menos que tú, menos que todos. Cuando agrade a su pareja, llevado descontroladamente por la agresividad, se convierte en violencia física. Pero cuando

dicho agresor se cree con el derecho y obligación de poseerla, de que sea suya, se convierte en algo más elevado, mucho más profundo.

La correcta educación es parte de la solución contra ello, pero no lo abarca en su totalidad. Hay valores establecidos por la propia sociedad que vemos normales, universales.

**“La violencia es útil, eficaz y en su justa medida beneficiosa. El Estado se basa en el poder, ese poder lo consigue mediante y provocando el miedo.”**

Cuando en un anuncio sale un chico jugando a los coches mientras su hermana se divierte jugando a las cocinitas entre en juego la parte subjetiva y seguramente inamovible para el resto de nuestra vida.

Es cierto que la educación es importante, muchas veces el Estado busca formar empleados, y no emprendedores, busca el seguimiento de pautas socialmente establecidas y no la ruptura para la evolución. ¿Y cómo podemos acabar con esto? Es cierto que ha habido grandes revoluciones, como la francesa entre muchas otras, pero porque «el pueblo» llegó a su límite, y a ese límite nunca llegaremos mientras nuestros estómagos estén llenos por lo que el cambio se prevé complejo. A veces llegamos a pensar que las humildes personas de África viven en esa situación de hambruna porque quieren, porque es así, siempre el pez más grande se ha comido al pequeño. No se dan cuenta que el que muere de hambre ha sido víctima de un asesinato, que el que no es curado de una enfermedad atenta contra él y sus derechos. Eso es violencia simbólica.

La violencia, en todas sus formas, puede utilizarse para el bien o para el mal. La gran diferencia es que la violencia aplicada al «mal» se utiliza como fin de un propósito, mientras que la violencia con respecto al «bien» se utiliza como medio para conseguir un bien superior, y esta violencia, la apoyemos o no, en la mayor parte de las veces está legalizada por el Estado.

Tal y como reflexionó Gandhi, no tenemos que buscar la paz como medio para alcanzar el fin sino que la paz sea el único camino. Cuando Gadafi, e Libia, bombardea a su propio país consideramos que en violento, que utiliza la violencia, pero cuando la OTAN manda militares y arsenal para la milicia con el fin de contraatacar y acabar con ese bombardeo cueste lo que cueste, no pensamos que sea violento, simplemente es mejor.

Un libro de actualidad, titulado *Indignaos*, escrito por el francés Hessel reflexiona sobre este sublevamiento del pueblo contra Gadafi y concluye que si todas las guerras acaban en el diálogo, ¿por qué no empezar por él?

La violencia es útil, eficaz y en su justa medida beneficiosa. El Estado se basa en el poder, ese poder lo consigue mediante y provocando el miedo. Miedo a la muerte, a la cárcel o a una multa, pero todo su poder se basa en la intimidación.

En la actualidad, normalmente, nadie va armado por la calle y, cuando un ladrón entra en tu casa tu respuesta casi instintiva es llamar a la policía, no sacar el rifle de casa de tu abuelo, cuando durante siglos todos los hombres capacitados iban armados con espadas y dagas. Ahora esa responsabilidad la cargamos en el Estado, sustituyendo nuestras armas pero utilizando las suyas. Y es que la violencia es razonable pero no racional.

La autora rechaza la tesis de Huntington, apelando a la libertad humana: no podemos estar obligados al conflicto, sino que lo elegimos. Reconoce que la paz y la violencia es un par de opuestos que parecen necesitarse mutuamente. Sin embargo, puede que pensar que la violencia es un mal necesario sea sólo consecuencia de no haber explorado otros caminos. De la misma forma que elegimos ser violentos, quizás podríamos elegir otras formas de actuar.

La violencia siempre ha sido considerada uno de los errores más importantes y de los problemas más graves del ser humano. Para explicar lo que es realmente la violencia, tendríamos que ser conscientes de que estudios han demostrado que mediante la estimulación de la amígdala, desarrollamos agresividad. Ante esta agresividad, un gato, por ejemplo, actuará de manera violenta, defensiva. Pero no un hombre. Un ser humano puede responder de manera distinta según el entorno y el fin de su acto. ¿Vienen entonces los actos violentos determinados por la cultura, por el mundo que nos rodea? ¿Vivimos en paz gracias a ellos? ¿Nos encontramos en un panorama de enfrentamiento continuo? De ser así, ¿podríamos erradicarlo?

Partimos desde el punto de que vivimos en un mundo indeterminista en el que estamos obligados a ser libres, tal y como comenta Sartre. Y partimos de ese punto porque, de esgrimir lo contrario, no podrían pedirnos responsabilidad sobre nuestros actos, y la justicia no existiría. Dentro de esa libertad podemos encontrar dos: la libertad externa, de hablar, de actuar; y la libertad interna, la de pensar. La primera puede verse coaccionada por motivos que se escapan a nuestra elección, como los regímenes dictatoriales, por ejemplo. Pero no ocurre lo mismo con la segunda, pues podemos elegir permanecer sumisos o revelarnos con el mismo ejemplo. Vivimos dentro de una sociedad con ciertas condiciones, en la que siempre podemos elegir. Entonces no podemos hablar de que el origen de la violencia sea cultural, pero tampoco biológico... Y tal vez

deberíamos admitir que el origen de un acto violento está en nuestra razón, que nosotros y nadie más decidimos lo que queremos ser y lo que queremos hacer; tal y como explica el pensamiento de George Ellet Coghill, el ser humano es más que sus sentimientos, reflejos y acciones inmediatas. Es un mecanismo, sí, pero un mecanismo que se crea y controla a sí mismo, dentro de una vida y un crecimiento.

Para contestar a la pregunta de si vivimos en paz gracias a la violencia, deberíamos remontarnos hasta los pitagóricos. Estos filósofos y científicos griegos afirmaban que el mundo se podía reducir a números, y que estos no eran una simple abstracción, sino que estaban formados por los opuestos: par e impar, luz y oscuridad... paz y violencia. Los pitagóricos defendían que estos dos opuestos partían de una misma armonía, que era el significado último de las cosas. Y que, sin uno, no podía existir el otro. Pero, entonces, si una persona realiza un acto violento contra el otro, tal vez sí, tal vez él, el agresor, está en paz. ¿Se podría decir lo mismo del agredido, del sufridor? ¿O donde empieza la violencia de uno, acaba la paz del otro? ¿Vivimos en un panorama de enfrentamiento continuo? Los hechos hacen que la respuesta sea evidente. Guerras, ya sea por intereses políticos, económicos o por supremacía. Abusos sexuales, violencia de género, bulling, violencia en Internet sólo para demostrar poder.

¿Seríamos capaces de erradicar todos estos actos? ¿Seríamos realmente capaces de exterminar todo tipo de violencia? Tal y como dice Savater, sabemos ver lo que está bien, lo

que es bueno, pero elegimos lo contrario. Según él, si nuestra educación se basara en enseñarnos la paz y no la violencia, el problema estaría solucionado. Pero tal y como hemos mencionado anteriormente, la educación sería un aspecto externo al que nosotros podemos hacer caso o no. Tal vez la solución sería cambiar la moralidad de todos los seres vivos. ¿Y eso sería posible?

Quizá deberíamos asumir la idea que nos sugiere Kant en “la paz perpetua”, y es que ésta y el ser humano sean incompatibles.

Pero una vez que hemos llegado a la conclusión de que la violencia es decisión de cada uno, no producto de la biología ni de la cultura; y que tal vez nunca la podamos erradicar, nos planteamos la pregunta más interesante. ¿Necesitamos formas más o menos violentas en la vida diaria?

Podemos justificar la violencia de muchas maneras, ante otros y ante nosotros mismos, y hacer otro tanto con las motivaciones de ésta. Pero lo que más incita al hombre a emplear la violencia es el poder. ¿Y de qué se trata el poder? Pues, citando a Simone Weill, “el poder es la capacidad de convertir un hombre en una cosa, pues cada uno transforma un ser vivo en un cadáver”. Pongamos uno de los ejemplos más claros en la historia de la humanidad, el movimiento nazi. El pueblo alemán era un pueblo inteligente y pacífico. ¿Cuál fue el desencadenante para que se convirtiera en un pueblo tan sanguinario? El ofrecimiento de poder de Hitler, incentivado con la defensa de una supuesta patria ultrajada por los judíos. Ahí estaba la disculpa: la defensa de la raza ante otras culturas que la estaban atacando, el honor del pueblo. Pero lo que realmente ansiaban era el poder, la capacidad de decidir sobre la vida

de otras personas sin que peligrara la propia. “El hombre ordinario con poder extraordinario es el mayor peligro para la humanidad, y no el malvado o el sádico” comenta Erich Fromm.

Para contestar a la pregunta de si tiene una función positiva la violencia en el mantenimiento del orden político, social o cultural, primero habría que preguntarnos si está bien planteada. Tal vez sea ésta la disculpa que queremos darle a los actos violentos. Pero lo que realmente deberíamos plantearnos es si, en el caso de los gobiernos, la ambición de poder sea suficiente justificación para empezar una guerra; si los ideales patrióticos o la venganza del

pasado sean pretextos aceptables para que las bandas callejeras arrasen todo a su paso; si las frustraciones de un hombre que no ha conseguido ser amado le dan permiso para intentar ser temido.

No podemos afirmar que la violencia en el orden político, social y cultural efectúe una función positiva, porque nunca hemos sido capaces de ver qué nos ofrecería una paz global.

**“Podemos justificar la violencia de muchas maneras, ante otros y ante nosotros mismos, y hacer otro tanto con las motivaciones de ésta. Pero lo que más incita al hombre a emplear la violencia es el poder.”**

El autor rechaza la tesis de Huntington: la sociedad rechaza la violencia, por lo que no se puede defender su función positiva. Los seres humanos somos libres y racionales y eso nos permite decidir, no como al resto de animales. La mejor crítica que hay contra la violencia es nuestra propia historia, en la que se comprueba su disminución. La violencia es, en cierta manera, un residuo que terminará por desaparecer, cuando encontremos soluciones mejores.

La pregunta de la olimpiada: ¿Tiene una función positiva la violencia en el mantenimiento del orden político, social y cultural? Mi respuesta es no.

Empezaré justificando mi respuesta. Si este uso fuese positivo para la sociedad manteniendo el orden político, social y cultural, esta no pretendería disminuir este uso de la violencia. Sin embargo, todos nosotros estamos de acuerdo en que el uso de la violencia es inadmisibles, y rechazamos su uso en cualquier situación.

Los animales puede que deban recurrir a la violencia para mantener el orden en sus grupos, pero a diferencia de ellos los hombres somos libres y racionales. Este uso de la razón es lo que hace que la violencia para mantener el orden no sea positiva, ya que la violencia es un acto cruel y rechazado por la sociedad, y como se dice vulgarmente, la violencia es respondida con más violencia.

El uso de la violencia para conseguir el orden en la sociedad o para conseguir la paz no es total, ya que siempre un acto de violencia pretende ser vengado por la víctima. Ejemplo de esto es la paz de la primera Guerra mundial, que fue una paz que llevó a Alemania a causar la segunda Guerra mundial por sus ganas de revancha.

La disminución de la conducta violenta es una prueba más de que es negativa para la sociedad. En los grupos tribales se recurría a la violencia constantemente como forma de resolver sus problemas, pero como esta solución de los problemas no era real se ha ido disminuyendo a lo largo del tiempo y cada vez su uso es menor. En la actualidad tenemos a la violencia como un problema, no como una solución. Esta idea en el pasado era contraria, es verdad, pero eso se decía a que las personas no recibían la educación que hay ahora y explotaban menos su capacidad de ser racional y libre, y actuaban a veces como si fuesen animales en vez de personas.

Esta educación que tenemos las personas nos hace distinguir lo bueno de lo malo, y a la violencia tratarla de forma negativa en la sociedad, ya que para las personas los fines no justifican los medios. Y aunque haya gente como Maquiavelo, estos son minoritarios.

Y por último, decir que si la violencia no se ha dejado de usar no es porque sea positiva, sino porque todavía las personas no hemos sido capaces de encontrarla una alternativa para solucionar algunos de nuestros problemas.

**“El uso de la violencia para conseguir el orden en la sociedad o para conseguir la paz no es total, ya que siempre un acto de violencia pretende ser vengado por la víctima.”**

La autora critica la tesis de Huntington: la violencia tiene un origen psicológico, y no histórico, social o cultural. El fondo irracional del ser humano es el que nos conduce a la violencia. No obstante, es importante potenciar precisamente nuestra racionalidad: la educación, la organización política y las leyes deben ser promotoras de la paz y la convivencia. En este contexto, podrían darse incluso usos legítimos de la violencia.

En cuanto al texto, estoy de acuerdo en que la violencia tiene una función estabilizadora, pero también debemos distinguir entre la agresividad y la violencia. En el texto hace referencia al uso de la violencia pero de una manera aceptada oficialmente. Es pues, como una serie de imposiciones que regulan y nos dan las reglas de qué es lo válido y lo admisible y qué no, por tanto pienso que aquí se refiere al uso agresivo de las leyes, pero la violencia como tal, la violencia ejercida por unos humanos para controlar a otros, también es útil y necesaria. Obviamente para que exista la paz, debe de existir la violencia, ambas son características y reflejo del individuo, pero aquí debemos ser rigurosos con la eterna cuestión: ¿el fin justifica los medios? En el texto, la opinión que se ofrece es de un demagogo nacionalista, exponiendo que es necesario odiar y no aceptar lo que somos, es decir, que cualquier idea, individuo, grupo social o movimiento con el que no estemos de acuerdo no merece ser respetado, y esto obviamente nos lleva a la intolerancia y a la falta de criterio. No es necesario usar la violencia para protegerte a ti mismo cuando se trata de libertad de pensamiento o expresión. Es más, si estás seguro de tus convicciones, también debes aceptar otras distintas, aunque no las compartas, al igual que las tuyas deben ser respetadas. Pero lo que en el texto resulta muy interesante es cómo intenta explicar el origen de la violencia, lo hace a partir de un punto de

vista psicológico, y obviamente, como humanos que somos, ahí comienza todo, pero no obstante, y como cita el texto, se hace de manera inconsciente, casi como un instinto, y es que cuando mostramos una conducta agresiva o si respondemos violentamente, es porque de alguna manera nos sentimos atacados, es una manera de reafirmación y de liberar conflictos internos, por eso mismo, es un tema complicado. Si todos sabemos que un primer momento la violencia es producto de la agresividad, de cuestiones personales y emocionales, a veces incluso con base genética, y no tiene un punto de partida racional, ¿por qué debemos respetar que la “violencia legislada” regule nuestras reglas morales?, nos imponen una serie de valores estableciendo qué es el bien y el mal, pero eso no siempre es lo justo o lo no violento, como podría pasar en una sociedad que tiene como núcleo a un demagogo nacionalista. Es por tanto, necesario pensar sobre lo que nos rodea y los actos, para no dejarnos llevar por impulsos que nos hagan proteger y defender nuestras creencias pasando por encima de la de los demás o incluso sobre ellos mismos. Por eso pienso que es importante una buena educación, así como pensar por uno mismo y no aceptar las cosas sólo por tradición o porque nos lo impongan, pero lo que sí es cierto, es que para que exista la paz o la estabilidad, es necesario que haya algunos grupos con más autoridad, que tengan la posibilidad de ejercer violencia contra quien no

respete a los demás, es también por tanto necesario que existan ya unos valores culturales y leyes que nos rijan, porque si no la sociedad sería un completo caos, ya que, como hemos dicho, los humanos tenemos una parte irracional e impulsiva, y en algunos momentos es necesario que esa parte sea controlada, pero claro, siempre por alguien que ejerza esa violencia de forma racional y no también impulsivamente, y esto es lo más complicado de conseguir.

Por eso, es difícil responder a la pregunta de si la violencia tiene una función positiva en el mantenimiento del orden político, social y cultural, a mi forma de ver y como he intentado exponer es útil y necesaria, pero en cuanto si su función es positiva dependería de quien la ejerce, para qué, sobre quienes...

Pienso que es positiva, cuando consigue más logros que desventajas, y con esto me refiero a que los humanos tengan mas libertades y calidad de vida que sin su uso, no se podría obtener, pero que de esa manera, no oprima ni reprima a sus ciudadanos, que no exista un estado de miedo, ni la intolerancia, pero que se respeten tanto los derechos propios como los del resto.

Además, un mal uso de la violencia o más bien de su abuso, suele acabar y derivar en más violencia, de manera que está se hace constante. Un ejemplo claro puede ser el de dos países enfrentados desde hace mucho tiempo, olvidando las causas económicas o políticas podemos pensar y debemos hacerlo sobre su

origen, su desarrollo y el propósito que se persigue con el conflicto. Es curioso como las sociedades están en perpetuo conflicto, esto hace necesario el uso del ejército, armada, los límites y barreras fronterizas...

Si sabemos que un grupo social, o en este caso un país, posee elementos para protegerse pero aún más para atacar, nosotros también contaremos con ellos. Por un lado, por miedo al ataque, y por otro para intentar quedar por encima de estos. El ser humano necesita tanto

**“[...] para que exista la paz o la estabilidad, es necesario que haya algunos grupos con más autoridad, que tengan la posibilidad de ejercer violencia contra quien no respete a los demás [...]”**

protegerse como reafirmarse, por eso entre hombres de distintas culturas es tan fácil que se llegue al conflicto o a la tensión agresiva. Pero analizando este proceso, llegamos a la conclusión de que la necesidad de protección es fruto de la necesidad de reafirmación, por eso

se da tanta importancia a la patria, a las costumbres, etc. De manera que volvemos a lo mismo, la manera de vivir en paz con otras sociedades no depende tanto de la violencia impuesta, como de un análisis de la misma. Debemos además reflexionar sobre nosotros mismos para entender mejor luego a los demás y sus opiniones, de forma que no fuera necesario obligar ni imponer nada, sino que al entender cosas distintas a nuestras ideas o costumbres no nos sintiésemos amenazados y por tanto la necesidad de reafirmación pasando por encima de los demás no llegaría, o al menos esta violencia sería más racional y no tan impulsiva o fanática.